



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— ¿No tenéis caballos? — preguntó Keraban con un tono algo duro.

— No tengo más que los que me habeis traído ayer tarde y esos no pueden partir.

— ¿Y por qué no tenéis caballos de relevo en vuestras cuadras?

— Porque han sido alquilados por un señor turco, que va á Kertsch, desde donde debe partir para Poti despues de haber atravesado el Cáucaso.

— ¡ Un señor turco — exclamó Keraban! — ¡ Uno de esos otomanos á la moda europea, sin duda! ¡ Verdaderamente, no se contentan con molestar en las calles de Constantinopla que todavía se les encuentra en los caminos de la Crimea!

— ¿ Y quién es?

— Solamente sé que se nombra el señor Saffar — respondió tranquilamente el maestro de postas.

— ¿ Y quién os ha dado permiso para entregar los caballos que os quedaban á ese señor Saffar? — pre-

guntó Keraban, con el acento del más perfecto desprecio.

— Porque ese viajero ha llegado al relevo ayer mañana, doce horas ántes que vos, y puesto que los caballos estaban disponibles, no tenía ningun motivo para rehusárselos.

— ¡ Había, por el contrario!....

— ¿ Cual era el qué había?..... — repitió el maestro de postas.

— Sin duda, puesto que yo debía llegar....

¿ Qué podía responderse á las argumentaciones de aquel obcecado carácter? Van Mitten quiso intervenir; pero su amigo le rechazó bruscamente. Respecto al maestro de postas, despues de haber mirado al señor Keraban con un aire burlon, iba á entrar en su casa, cuando éste le detuvo, diciéndole:

— Poco importa, despues de todo, que tengais caballos ó no, es necesario que partamos al instante.

— ¿Al instante?..... — respondió el maestro de postas. — Os repito que no tengo caballos.

— Buscadlos.

— No los hay en Arabat.

— Buscad dos, buscad uno — respondió Keraban, que empezaba á no ser dueño de sí mismo — buscad la mitad de uno..... pero buscadlo.

— Sin embargo, si no hay..... — repitió dulcemente el conciliador Van Mitten.

— Es necesario que haya.

— ¿ Nos podréis procurar un par de mulas ó mulos? — preguntó Ahmet al maestro de postas.

— Bueno. Sea; mulas ó mulos — añadió el señor Keraban. — Con eso nos contentaremos.



El dueño se hallaba en el dintel.

— No he visto nunca ni mulas ni mulos en la provincia — respondió el maestro de postas.

— ¡ Ah! lo que es hoy — murmuró Bruno al oído de su señor, señalando á Keraban — ha encontrado un digno adversario.

— ¿ Pues entónces, asnos?..... — dijo Ahmet.

— ¡ No hay tampoco asnos!

— ¿ Qué no hay asnos? — exclamó el señor Keraban. ¡ Ah; os burlais de mí, señor maestro de postas! ¡ Cómo es eso! ¿ no hay asnos en el país? ¿ No hay con qué formar un tiro, cualquiera que sea? ¿ No hay lo suficiente para arrastrar un coche?

Y el obstinado Keraban, hablando de aquella suer-

te, arrojaba miradas investigadoras á derecha é izquierda sobre una docena de indígenas que se habían detenido á la puerta del relevo.

— ¡ Sería capaz de engancharlos al carruaje! — dijo Bruno.

— ¡ Si!..... á ellos ó á nosotros — respondió Nizib, como hombre que conocía bien á su señor.

Sin embargo, puesto que no había ni caballos, ni mulas, ni asnos, era evidente que no se podía marchar. Así, pues, era necesario resignarse á veinticuatro horas de tardanza. Ahmet, á quien tal retraso contrariaba tanto como á su tío, iba á tratar de hacerle entrar en razón en presencia de aquella absoluta

imposibilidad, cuando el señor Keraban exclamó:
— ¡ Cien rublos á quien proporcione un tiro para mi carruaje.!

Cierto estremecimiento de estupor se apoderó entonces de los indígenas. Uno de ellos avanzó resueltamente.

— Señor turco — dijo — tengo dos dromedarios que se venden.

— Los compro — respondió Keraban.

Enganchar dromedarios á un carruaje jamás se había visto. Pero se vió aquella vez.

En ménos de una hora la compra quedó hecha, y á buen precio. ¡ Poco importaba! El señor Keraban hubiese pagado el doble. Las dos bestias, enjuegadas bien ó mal, se engancharon al carruaje, y bajo la promesa de una buena propina, el ex-propietario,



El carruaje descendió el camino de Kertsch al trote largo de su extraño tiro.

transformado en postillon, se subió delante de la giba de uno de los dos ruminantes; despues, el carruaje, con gran sorpresa por parte de la poblacion de Arabat, pero con gran satisfaccion de los viajeros, descendió el camino de Kertsch, al trote largo de su extraño tiro.

Por la noche, llegaban sin novedad al pueblo de Argin, á doce leguas de Arabat.

Tampoco habia caballos de relevo, siempre alquilados por aquel señor Saffar. Fué necesario resignarse á dormir en Argin á fin de dar algun descanso á los dromedarios.

A la mañana siguiente, 3 de Setiembre, el carruaje volvía á partir en las mismas condiciones, franqueando durante el día la distancia que separa Argin de Marienthal, ó sean diez y siete leguas; pasaron allí la noche, y al amanecer volvieron á partir, y por la tarde y despues de un trayecto de doce leguas, sin ningun accidente, llegaban á Kertsch, pero no sin rudas sacudidas, debidas á los tirones de aquellas robustas bestias, poco acostumbradas á semejante clase de servicio.

En suma, el señor Keraban y sus compañeros, que habian partido el 17 de Agosto, despues de diez y

nueve días de viaje habían recorrido las tres séptimas partes de su trayecto (trescientas leguas, de setecientas). Estaban en un buen medio, y si seguían corriendo durante veintiseis días, hasta el 30 de Setiembre, debían haber acabado de dar la vuelta al mar Negro en las condiciones marcadas.

— Y sin embargo — repetía á menudo Bruno á su señor — tengo el presentimiento que esto acabará mal.

— ¿Para mi amigo Keraban?

— Para vuestro amigo Keraban..... ó para los que le acompañamos.

XIV.

EN EL QUE EL SEÑOR KERABAN SE MUESTRA MÁS FUERTE EN GEOGRAFÍA DE LO QUE SE CREÍA SU SOBRINO AHMET.

La ciudad de Kertsch está situada en la península que lleva su nombre, en la extremidad oriental de la



Kertsch.

Taurida. Se halla situada en la costa Norte de aquella lengua de tierra; un monte, sobre el cual se elevaba ántes la acrópolis, la domina majestuosamente. Es el monte Mitridates. El nombre de aquel implacable y terrible enemigo de los romanos, á quienes fué necesario arrojar de Asia, aquel audaz general, aquel renombrado poliglota, aquel toxicólogo legendario, tiene su sitio justamente enfrente de una ciudad que fué la capital del reino del Bósforo. Allí fué donde el rey Pont, aquel terrible Eupator, se dejó atravesar por la espada de un soldado galo, despues de haber tratado en vano de envenenar á aquel cuerpo de hierro, ya acostumbrado á los venenos.

Este fué el pequeño relato histórito que Van Mitten, durante media hora de reposo, creyó deber hacer á sus compañeros. Lo que le ocasionó esta respuesta de su amigo Keraban:

— ¡Mitridates no era más que un torpe!

— ¿Y por qué? — preguntó Van Mitten.

— Si hubiera querido envenenarse formalmente, no tenia que hacer más que venir á comer á la posada de Arabat.

Entónces el holandés no creyó deber continuar el elogio del esposo de la bella Mónime, pero prometió visitar su capital durante algunas horas que le concediesen.

El carruaje atravesó la ciudad con su singular equipaje entre la mayor sorpresa de una población híbrida, compuesta la mayor parte de judíos, tártaros, griegos y áun rusos (entre todos 12.000 habitantes).

El primer cuidado de Ahmet, al llegar al *Hôtel Constantino*, fué enterarse si podría procurarse caballos para la mañana siguiente. Con gran satisfacción suya aquella vez no faltaban en las cuadras de la casa de posta.

— Es milagroso — observó Keraban — que el señor Saffar no se haya llevado los de este relevo.

Pero el poco sufrido tío de Ahmet guardó un vivo rencor á aquel importuno que se permitía adelantarse en su camino llevándose los caballos.

En todo caso, como ya no era necesario el empleo de los dromedarios, los vendió á un jefe de una caravana que partía para el estrecho de Yenikalé; pero los vendió vivos al precio que le hubieran costado muertos. Resultado de esto, una pérdida bastante sensible, que el rencoroso Keraban guardó, *in pecto*, contra el señor Saffar.

No es necesario decir que el señor Saffar no se hallaba en Kertsch (lo que sin duda le evitó una discusión de las más serias con su competidor). Desde hacia dos dias habia abandonado la ciudad para ir por el camino de hierro del Cáucaso. Circunstancia feliz, porque los que le precedían no eran viajeros dispuestos á seguir el camino del litoral.

Una buena comida en el *Hôtel Constantino*, y una buena noche en sus habitaciones, bastante confortables, hicieron olvidar las penas tanto de los años como de los servidores. También envió una carta Ahmet á Odessa, participando que el viaje se efectuaba regularmente.

Como la partida no se habia decidido hasta las diez de la mañana siguiente, 5 de Setiembre, Van Mitten se levantó al mismo tiempo que el sol, con el fin de visitar la ciudad. Aquella vez encontró á Ahmet presto á acompañarle.

Los dos recorrieron las anchas calles de Kertsch, rodeadas de enceras, en donde abundaban perros vagamundos; un gitano, ejecutor autorizado de aquella baja obra, está encargado de matarlos á palos.

Pero, sin duda, el verdugo habia pasado la noche bebiendo, porque Ahmet y el holandés tuvieron que trabajar para escapar de los dientes de aquellos peligrosos animales. El malecón de piedra, construido sobre el mar, en el interior de la bahía, formada por un recodo de la costa, que se prolonga hasta los lindes del estrecho, los permitió pasearse más cómodamente. Desde allí se distinguen el palacio del gobernador y la casa de aduanas. Un poco más á los lados, por falta de agua, están atracados los buques, á los que el puerto de Kertsch ofrece un buen fondeadero no lejos del lazareto. Aquel puerto ha llegado á ser bastante comercial despues de la cesion de la ciudad á Rusia en 1874, y tambien se encuentra un vasto depósito de aquella sal que turman las salinas de Perekop.

— ¿Tenemos tiempo de subir allí? — dijo Van Mitten señalando el monte Mitridates, sobre el que se destaca actualmente un templo griego enriquecido con los despojos de aquellos túmulos tan frecuentes

en la provincia de Kerstch (templo que ha reemplazado á la antigua acrópolis).

— ¡Ah! — dijo Ahmet — no conviene arriesgarse en hacer aguardar al tío Keraban!

— ¡Ni á su sobrino! — respondió sonriendo Van Mitten.

— Es verdad — repuso Ahmet — que durante todo el viaje no pienso más que en nuestra próxima llegada á Scutari. ¿Me comprendéis, señor Van Mitten?

— ¡Si... os comprendo, amigo mío — respondió el holandés — y cómo el marido de la señora Van Mitten no os hubiera comprendido!

Ante aquella reflexión, muy justificada por las pruebas que habia tenido en Rotterdam, los dos comenzaron á subir el monte Mitridates, pudiendo disponer de dos horas ántes de la partida.

Desde aquel elevado punto, una magnífica vista se extiende sobre la bahía de Kertsch. En el Sur se dibujó el ángulo extremo de la península. Hacia el Este se ven casi las dos lenguas de tierra que rodean la bahía de Taman, cerca del estrecho de Yenikalé. El cielo, bastante puro, permitia apercibir entonces los diversos accidentes de la comarca, y los *hourghans*, ó antiguas tumbas, que cubren toda la campiña, hasta las menores colinas de corallinas fósiles. Cuando Ahmet juzgó conveniente volver al hotel, mostró á Van Mitten una monumental escalera, adornada de balaustrés, que descendiendo del monte Mitridates hasta la ciudad, concluyendo en la plaza del Mercado. Un cuarto de hora despues, los dos se reunian al señor Keraban, quien trataba en vano de discutir con su huésped, un tatar de los más complacientes. Ya era tiempo de llegar, porque hubiese acabado por incomodarse no encontrando ocasion de que le llevasen la contraria.

El carruaje estaba dispuesto, enganchado con buenos caballos de origen persa, de los que se hace un importante comercio en Kertsch. Cada uno ocupó su sitio, y partieron al galope de los caballos, no echando, por supuesto, de ménos el peligroso trote de los dromedarios.

Ahmet sentía una viva inquietud al aproximarse al estrecho. Se sabe, en efecto, lo que habia pasado, cuando se modificó el itinerario en Kherson. Á instancia de su tío, el señor Keraban habia consentido en no dar la vuelta al mar de Azof, con el fin de dirigirse por el camino más corto, ó sea por la Crimea. Pero al hacerlo no debia olvidarse el que no les faltaría tierra firme en ningún punto del trayecto. Se enganaba, y Ahmet no podia disipar su error.

Se puede ser un buen turco, un excelente negociante en tabacos, y no conocer á fondo la geografía. El tío de Ahmet debia ignorar probablemente que la comunicacion del mar Negro y el mar de Azof se efectúa por un ancho afluyente, aquel antiguo Bósforo americano, que lleva el nombre de estrecho de Yenikalé, y que, por consecuencia, le seria necesario atravesar aquel estrecho, entre la península de Kertsch y la de Taman.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

Benedicto, poco sensible á aquella melodía de cuerdas, bramaba de coraje. Los *aluales* no querían abandonar su puesto. La tribu de los aulladores estaba ébria de alegría. Bien pronto los vió agarrarse por la cola balanceándose como lámparas de iglesia y lanzar con la cabeza baja sus ¡hou! ¡hou! de aprobación, mientras el jefe, también cabeza abajo, rugía hasta romper el tímpano de todos los habitantes del bosque.

— Soy un tootó — dijo — aquí tengo con qué hacerles callar.

Y cargando su pistola, hizo fuego en dirección á la banda, que se dispersó en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando se restableció el silencio, se oyó á lo lejos una débil detonación.

El herido sintió crecer su esperanza.

— ¡Hola! parece que me buscarán.... Haré fuego á discreción.

Cargó su arma gruñendo y blasfemando y disparó. Dejose oír un nuevo tiro, pero mucho más cerca.

— Ea, todo va bien. Dentro de un cuarto de hora estarán aquí mis holgazanes. Pronto estará en pié, y entonces, ten cuidado, ¡Robin!

Las provisiones del vigilante se realizaron por completo.

Sus compañeros, después de convenirse que dejaban la presa por la sombra, llegaron provistos de antorchas fabricadas con una madera resinosa, y precedidos por el perro *Faget* que se puso á dar brincos y á ladrar alegremente al ver á su amo.

Improvisaron unas parihuelas, y después de fatigas inauditas, transportaron á su camarada, presa del delirio.

Aquel hombre tenía el alma incrustada en el cuerpo.

No habían pasado treinta y seis horas cuando el indio *Atucka* llegó al presidio refiriendo, á quien quería oírle, que había encontrado al *tig'blanc* y que mediante una recompensa se comprometía á poner á la tropa en la pista del fugitivo.

Benedicto tuvo noticia del caso, y haciendo ir al indio á su cabecera, le prometió lo que quiso; dió dos compañeros suyos escogidos y les mandó marchar en el instante, bien provistos de armas y de víveres para su lúgubre correría.

Obrando de este modo, sin ausencia de su superior jerárquico, el vigilante esperaba ufanarse con el descubrimiento así como con la reintegración del fugitivo, y contener la tormenta que se desencadenaría sobre él en cuanto estuviere curado.

Los cazadores de hombres, guiados por el indio, para el cual no tenía misterio alguno el bosque, encontraron la pista fácilmente. Aunque Robin no hubiera dejado sino ligeras huellas en su carrera desesperada, el Piel-Roja, siguiendo el rastro como un sabueso, sabía reconocer en una brizna de hierba quebrantada, en una hoja torcida, en un bejuco rotó, que *tig'blanc* había pasado por allí.

Cuatro días después de la salida del presidio, encontraron en la maleza una ancha huella como producida por la caída de un cuerpo, y luego una mancha de sangre en la punta de un pedernal.

El deportado había caído en aquel lugar. ¿Le habría devorado alguna fiera?

Atucka movió la cabeza. Tomó la delantera silenciosamente, y al cabo de una hora de ausencia, volvió indicando que guardasen silencio.

— *U qua vini* — dijo en voz baja.

Sus compañeros le siguieron sin decir una palabra. Á quinientos metros encontraron un descampado y descubrieron en el centro una pequeña choza formada de hojas de macupí, de construcción antigua, pero bien cerrada, y de cuyo techo se escapaba un delgado penachó de humo.

— *Ca tig'blanc* — dijo alegremente el indio.

— *Kalina*, hijo mío — replicó uno de los hombres, — está muy bien. Benedicto no será castigado y tú ganarás la recompensa, pues vamos á pescar é nuestro hombre.

CAPÍTULO III.

El vampiro. — El leproso del valle sin nombre. — El *crien* de *Jehe* redado. — La compasión de un infeliz. — Acceso de Robre pernicioso. — Remedios de curandera. — Competencia á la contárida y á la quinina. — Las hormigas flameantes. — En nombre de la ley. — Lo que es capaz de hacer un Piel-Roja por una botella de aguardiente. — La serpiente *aye-aye*. — Los guardias de Corps del leproso. — Derrotado la fuerza armada. — Entrevista desagradable de un comilón y una cuñada de nascabal. — El domesticador de serpientes. — Lavado sin legía.

Jadeante, enloquecido por la carrera, quebrantado por la fatiga, y congestionado por el calor, cayó Robin en el suelo como herido de un rayo.

Su cuerpo desapareció entre las altas hierbas, que le envolvieron como un sudario. Dadas las circunstancias que acompañaron á la caída, no debía tardar en sobrevenir la muerte.

El infortunado aspiraría sin recobrar el conocimiento.

¿Y qué? ¿Un nuevo nombre aumentaría el martirio de la deportación! ¿Un nuevo esqueleto blanquearía en el lúgubre osario del Ecuador!

La tapida alfombra vegetal amortiguó el choque, y el cuerpo, semejante á un cadáver, permaneció muchas horas extendido sobre los flexibles tallos. Por milagrosa casualidad no pasó ningún jaguar, ni aparecieron las hormigas manibo.

El fugitivo se despertó lentamente, al cabo de un tiempo cuya duración no pudo apreciar. Estaba postrado sin explicarse la causa, aunque las ideas volvieron á su inteligencia con singular rapidez.

¿Penoso e increíble! No sentía pesadez alguna en la cabeza; el tornillo que le apretaba el cráneo habíase aflojado; no tenía ruido en los oídos, distinguiendo el chillido penetrante del pájaro burlón; sus ojos se abrieron á la luz; su pulso latía con regularidad, y una respiración fácil agitaba su pecho; momentáneamente había desaparecido la fiebre.

Pero tanta era su debilidad, que al principio no pudo levantarse. Creyó que era de plomo, y se sentía inundado por un líquido tibio, exhalando un olor desagradable y muy característico.

Una mirada que dirigió á su camisa, le permitió verla teñida de rojo escarlata.

— Estoy en un baño de sangre — murmuró, — ¿Dónde me encuentro? ¿qué ha sucedido?....

Se palpó todo el cuerpo, y acabó por ponerse de rodillas.

— Sin embargo, no estoy herido.... pero está sangrando.... ¡Oh!; ¿qué dolor me halla!

Estaba en un ancho valle, limitado por dos colinas cubiertas de árboles cuya altura no excedía de ciento cincuenta varas, y regado por un manantial de agua clarísima y deliciosamente fresca.

Estos manantiales, abundantes en Guayana, son la única compensación ofrecida por la naturaleza á los tormentos que se sufren en aquel infierno.

Robín se arastró, llovió ávidamente, y despojándose de su desgarrado traje, se sumergió en el agua.

Tecunimás sus abluciones, iba á salir del arroyuelo, cuando la misma sensación de derrame de un líquido caliente vino á preocuparle, causándole alguna inquietud. Se llevó la mano á la frente y la retiró enrojecida.

En vano tentó de nuevo. Ninguna herida rasgaba su epidermis. Sin embargo, era necesario darse cuenta de aquella efusión de sangre....

— ¡Dios mío! en qué apuros se encuentra aquí el hombre civilizado! Hace cinco minutos que un negro ó un piel-roja tendría ya un espejo. Hagámoslo que ellos.

Dirigiendo esto, y á pesar de la debilidad, que siempre iba en aumento, descubrió algunas hojas anchas, de color verde oscuro, pertenecientes á una variedad de nenúfar, muy abundante en Guayana.

Cortar una de aquellas hojas, introducirla horizontalmente en el agua, manteniéndola á algunos centímetros de la superficie, fué obra de un momento.

En imagen, reflejada como por un cristal azogado, se le presentó tan clara como si hubiese poseído el mejor cristal.

— ¡Hola! — dijo despues de un momento de atenta observacion, al notar en su ceja derecha, cerca de la sien, una pequeña cicatriz; — he sido visitado por un vampiro.

Luégo, recordando su encuentro con el indio, su vertiginosa carrera, su delirio y su caída final.

— ¡Qué destino tan extraño el mio! — dijo. — Perseguido por las fieras, acosado por los hombres, es necesario que la voraz glotonería de un acueroso animal me salve la vida.

Robín no se engañaba. Estaba perdido sin la singular intervencion del vampiro que le habia hecho una sangría suelta.

Sabido es que el maricélogo vampiro se alimenta casi exclusivamente de la sangre de los mamíferos, á quienes sorprende durante el sueño, chupándola con avidez.

Para esto se habia provisto de un chapador, ó por mejor decir, su boca termina en una troupetilla en forma de ventosa, y armada de papilas córneas, con cuyo auxilio perfora lentamente y sin dolor el epidermis del ganado, de los monos, de los grandes mamíferos, y hasta del hombre mismo.

Acércase á su victima agitando muy despacio sus largas y membranosas alas, cuyo continuo movimiento produce una sensacion de frescura que facilita el sopor. Luégo su repugnante boca se aplica lentamente al punto que le parece propicio; sigue alejándose; pronto queda la piel agujereada, y su horrible garganta se llena poco á poco, y ya repleto, desaparece, dejando la herida abierta.

Si los desórdenes producidos por el vampiro se limitasen á esto, del mal al ménos. Los doscientos ó doscientos cincuenta gramos extraídos para su alimento no serian perjudiciales al individuo, aunque estuviese debilitado por la anemia.

Pero como casi nunca llega el despertar al poco de la sangría, y como la sangre fluye por aquella minúscula abertura durante la noche entera, el degrañado, pálido, lívido, exangüe, pierde todas sus fuerzas, y su vida está en peligro si un régimen excepcionalmente tónico y fortificante no repara al punto los estragos causados por tan considerable pérdida.

¡Cuántos viajeros, sorprendidos en su hamaca, sin haber tenido la precaucion de envolver sus pies, su cuello ó su cabeza, se despiertan al dia siguiente en un baño rojo y tibio!

¡Cuántos han pagado con su vida, ó cuando ménos con crueles enfermedades, aquel momento de olvido! Muy pocos poseen en medio de los bosques los recursos suficientes para restaurar su debilitado organismo; conviértense entonces en presa demasiado fácil, en la que se ceban esas terribles afecciones ecuatoriales, á las que no se puede vencer más que en un perfecto estado de equilibrio.

Nuestro héroe se convenció de la exactitud del re-

fran: «no hay mal que por bien no venga.» Aquella sangría le salvó por el momento.

Volvió á vestirse lentamente, y tal era su debilidad, que le costó mucho trabajo cortar una estaca para apoyarse. Nada de esto le importaba. Hoy, lo mismo que ayer, conservaba su férrea energía.

Puesto que era preciso marchar, ¡adelante!

Tanta constancia debe tener al fin su recompensa.

— ¡Veamos! — dijo al cabo de un rato. — ¿Estoy soñando? No. Es imposible.... ¡Hola! Un plátano. ¿Y este claro?.... Es un cereado. Esta hierba que en gran cantidad corre por el suelo cubierta de hojas triangulares.... ¡es la batata! ¡Aquí hay cocoteros.... piñas.... calalá.... yuca!.... ¡Oh! quiero comer.... estoy muerto de hambre. ¿Me encuentre en alguna aldea india? Sean cualesquiera los propietarios, es preciso buscarles. ¡Sucedá lo que sucedá!

Y obedeciendo á un impulso tan rápido como el pensamiento, cortó un tallo de piña, arrancó la escamosa pulpa del fruto, y empezó á devorarlo.

Luégo, más restaurado por la absorción de aquel hermoso fruto, asíó el cogollo que le corona, practicó un agujero en el suelo y plantóle en él (1); amontonó la tierra y se dirigió á una casita que distaba unos cien metros.

Aquella solitaria habitacion era más bien una choza muy cómoda, cubierta de hojas de *waie*, palmera casi indestructible, que constituye un techo capaz de durar unas quince años. Las paredes, compuestas de varillas entrelazadas, no dejaban penetrar la lluvia. La puerta estaba herméticamente cerrada.

— Es una choza de negro — pensó Robin, reconociendo la forma especial de las habitaciones de la raza negra. — No debe estar lejos el propietario. ¡Acaso sea un fugitivo como yo! Este cereado es objeto de grandes atenciones.

Llamó á la puerta, pero no obtuvo contestacion.

Volvió á llamar con mayor fuerza.

— ¿Qué queréis? — dijo una voz cascada.

— Estoy herido y tengo hambre.

— ¡Ah! ¡Pobre hombre del buen Dios! No podéis entrar en mi casa.

— ¡Os ruego que me abrais!.... Voy á morir....

— articuló pensosamente el fugitivo, á quien le acometió súbito desmayo.

— ¡No puedo! — articuló la voz, como entrecortada por un sollozo. — Tomad lo que queráis. No toquéis nada de mi casa. ¡Moriréis!

— ¡Á mí!.... ¡socorro!.... — gritó el infortunado, ahogándose.

La voz cascada, voz de viejo sin duda, continuaba sollozando.

— ¡Oh! ¡Pobre blanco! ¡Oh! Yo no puedo dejarle morir.

Abrióse la puerta de par en par, y Robin, que no podía moverse, vió, como en una pesadilla, el sér más espantoso que se haya jamas forjado la imaginación de un calenturiento.

(1) Semilla costumbre, á la que no faltan nunca los corredores de los bosques. Cuando han comido el fruto vuelven á plantar el cogollo. Si á veces desmenu la solada raíces y llega á su completo crecimiento; tan extraña es la vegetación. Entónces da un fruto que puede salvar la vida á otro viajero. — E. B.

Sobre una frente cubierta de lustrosas píntulas, vegetaba una cabellera blanca, espesa en algunos sitios como la maleza de los bosques, y nula en otros. Las berrugas amontonadas formaban surcos lividos, macelones inclinados y zonas inflamatorias del más repugnante aspecto.

Un ojo azulado, descompuesto, sin mirada, salía de la órbita como un huevo de su cáscara. La nariz izquierda era una pura llaga y los cartilagos de las orejas aparecian como carnes blancas sobre el harapo negro del epidérmis desgarrado.

La boca, torcida, no tenía dientes, y las manos sin uñas, con los dedos rugosos, estaban crispadas y rígidas como las de un muerto.

Por último, una de las piernas, tan gruesa como el cuerpo, informe, reluciente, redonda como un poste, parecía próxima á estallar por el esfuerzo del edema que le hinclaba.

El anciano negro, á pesar de la lepra que le devoraba y de la elefantiasis que mantenía inmóvil su pierna como la de un forzado sujeto á una bola, tenía el aspecto triste y afectuoso de los desheredados.

Iba, veía, daba vueltas, cojeando sobre la pierna mutilada, levantaba sus dedos encorvados, y sin atreverse á tocar al moribundo, daba gritos lastimeros.

— ¡Oh! madre mía.... ¡Estoy muerto!.... No puedes tocarle, pobre leproso morirá, gritaba con ansiedad. Venid á la sombra de este árbol.

Robin recobró el sentido. Al ver á aquel desgraciado experimentó una impresión de infinita lástima, pero no de disgusto.

— Gracias, buen hombre — dijo con insegura voz; — gracias por vuestras bondades; estoy mejor. Voy á continuar mi camino.

— ¡Oh! señor, no os marchéis todavía. Os daré un poco de agua, un poco de casabe y pescado. El viejo Casimiro tiene todo eso en su cabaña.

— Acepto, buen hombre, acepto — murmuró enternecido. — Pobre criatura desheredada, que posee un alma compasiva como una perla de incomparable pureza hundida en el fango.

El anciano negro estaba lleno de alegría y no cesaba de moverse, tomando infinitas precauciones para evitar á su huesped un contacto que creía contagioso.

Entró en la choza y salió al poco tiempo llevando en la mano un cuí (mitad de una calabaza) al extremo de un pedazo de madera hendid. Pasó el cuí por la hambre, fué al arroyo y le trajo lleno de agua, dándosele al enfermo que bebió ávidamente.

Entre tanto y á través del enrejado de ramos de las paredes se exhalaba un exquisito olor de pescado asado. Casimiro había puesto sobre los carbones un trozo de kumaru ahumado, y la carne de aquel magnifico pescado se asaba, despidiendo suculentos efluvios culinarios.

Partiendo del axioma de que el fuego todo lo purifica, pudo Robin tomar el refrigerio sin temor de contraer la lepra. El negro parecía estar encantado de la manera con que el recién venido hacia honor á su hospitalidad.

Lucuz como todos los de su color, charlaban como

REVOLUTIONARY



REVOLUTIONARY



ÁNTES DEL BAILE. — (CUADRO DE GARRIDO.)

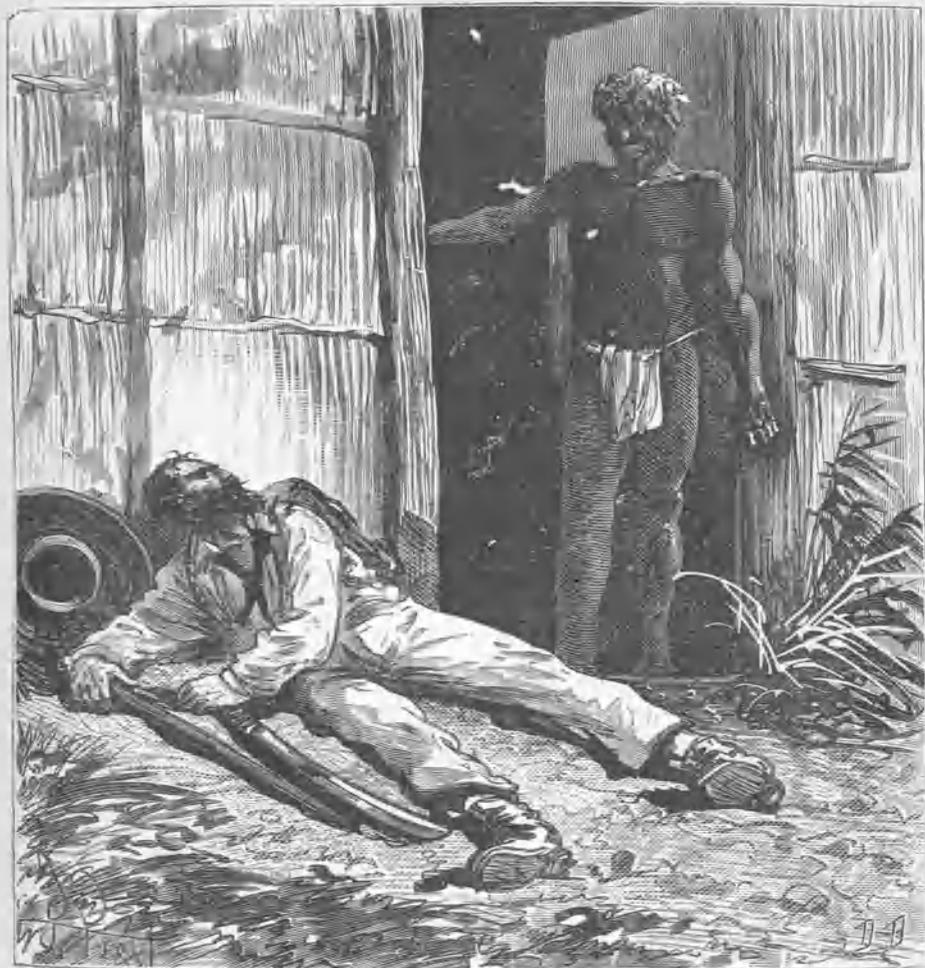


las personas acostumbradas á vivir solas, se desquintaba ámpliamente del silencio impuesto por su soledad y de los monólogos de antaño.

No tardó mucho en enterarse de la posición social del recién venido. Después de todo, le importaba muy poco.

El buen hombre veía á un desgraciado, y eso le bastaba; y si ese desgraciado llamaba á su puerta, aún más le quería.

Además, estimaba á los blancos con todo su pobre corazón. Los blancos habían sido muy buenos con él y ya era viejo, tanto que no sabía su edad. Nació



El anciano negro, A pesar de la lepra que le devoraba....

esclavo en la ranchería la *Gabriela*, que entonces pertenecía á M. Javart, situada en la orilla del Roura.

—Si, señor, yo soy negro de ranchería. Sé guisar, guiar un caballo y cuidar los plantíos de alcías y de achote.

Monsieur Javart era un buen amo. *Gabriela* no sabía lo que era el látigo. Los negros estaban como hijos de la familia, se les trataba bien y eran considerados como hombres.

Casimiro vivió allí muchos años, y allí envejeció. Poco antes de 1840 sufrió los primeros ataques de le-

pra, esa terrible enfermedad que desoló á Europa en la Edad Media y no frecuente en Guayana, que la administración ha fundado un hospital de leproso en Acaruany.

Se aisló al enfermo, se le construyó una choza cerca de la ranchería, y se atendió á sus necesidades.

¡Más tarde sonó la hora memorable en que se realizó el gran acto reparador de la abolición de la esclavitud! Todos los negros querían su libertad. Todos los hombres fueron iguales. No hubo más superioridad que la del mérito y la inteligencia.

La industria colonial recibió un rudo golpe. Su prosperidad, injustamente basada en el trabajo no retribuido, en la explotación gratuita de las fuerzas humanas, quedó herida de muerte. Los plantadores, acostumbrados á locos dispendios, se encontraban sin economías viviendo al día y pasando año tras año.

La mayor parte no pudieron hacer frente á las exigencias del trabajo recompensado. ¡Y qué recompensa para tantas fatigas!

Sin embargo, los negros no pedían más que trabajar. Sus fuerzas se habían multiplicado al oír el mágico nombre de libertad!

Incapaces para organizarse los colonos, dejaron arminar sus rancherías. Retiraronse los negros, recibieron concesiones, desamontaron, plantaron, y trabajando cada uno para sí vivieron libres. ¡Hoy son ciudadanos!

Pero un gran número permaneció al principio sujeto á la fortuna de sus amos, y trabajaron como ántes, dando gratuitamente y con toda el alma sus fatigas y sus sudores.

Esto hicieron los de la *Gabriela*, más un día partió el amo, rompiéndose el lazo de comun afecto y de necesidades comunes. Dispersáronse los negros, y Casimiro quedó solo. Para colmo de desgracia, la inundación destruyó su cercado. Desprovisto de recursos, imposibilidad de vivir en los pueblos, cubierto de lepra y convertido en objeto de horror para todos, se puso en camino, anduvo por largo tiempo y llegó al punto en que á la sazón se encontraba.

El sitio era muy fértil. Se instaló en él, trabajó como cuatro, y esperó sin lamentarse el momento en que su alma abandonase su mísera envoltura.

Era el leproso del valle sin nombre.

Su trabajo le hacía feliz.

Robin oyó sin interrumpirle el relato del pobre hombre. Por primera vez desde su salida de Francia saboreaba sin amargura un instante de dicha; sus admiradas ojos contemplaban el odo del desheredado. La cascada voz del viejo resonaba en sus oídos con afectuosas emboscaciones. Nada de presidio, nada de clausura, no más blasfemias....

¡Ah! ¿Cómo hubiera querido estrechar en sus brazos á aquel ser humano á quien le acercaba un infortunio más cruel que el suyo!....

—Aquí vivirá yo muy bien —murmuró.— Pero ¿estaré lejos? No importa, me quedaré.... ¿Quiero permanecer al lado de este viejo, ayudarle en sus trabajos.... amarle! Amigo —dijo al leproso— la enfermedad te devora, sufres y estás solo. Tu brazo no tardará en ser impotente para levantar el azadón y cavar la tierra. Tendrás hambre, si viene la muerte nadie te cuidará, nadie te cerrará los ojos. Yo también soy desheredado. No tengo patria; no sé si tengo familia. ¿Quieres que viva cerca de tí? ¿Quieres que me asocie en cuerpo y alma, así á tus alegrías como á tus penas y á tus trabajos? Di, ¿quieres?

Maravillado el viejo y no sabiendo si soñaba despierto, reía y lloraba al mismo tiempo.

—¡Ah! ¡mucho! ¡Ah! ¡mucho! ¡Ah! ¡buen blanco!

Luego, dominado por el sentimiento de su repugnante enfermedad, ocultó su rostro entre sus crispadas

dedos y cayó de rodillas, con el pecho agitado por convulsivos estremecimientos.

Robin se durmió al pié de un banano. Su sueño fué interrumpido por la pesadilla.

Cuando se despertó le acometió la fiebre con gran violencia y sobrevino el delirio.

Casimiro no perdió la cabeza. Lo primero era construir un abrigo para su nuevo amigo, pues su cosa estaba contaminada. Es necesario apropiarle en seguida á su nuevo destino y hacerle habitable para el enfermo. Tomó el azadón, cavó en la tierra á gran profundidad, sacó fuera los escombros, esparció sobre el suelo carbonos encendidos, después cubrió aquel pequeño espacio con hojas y ramas de macapí que cortó sin tocarlas y que extendió con su sable.

Purificado el lecho del enfermo le hizo levantar, diciéndole cariñosamente:

—Vamos, vén á acostarte aquí.

Robin obedeció como un niño, entró en la choza, se acostó en la cama de follaje, y se durmió profundamente.

—Pobre blanco—decía entre tanto el negro.—Está muy malo. Se hubiera muerto sino hubiera venido á mi lado.

El acceso de fiebre se presentaba rápido, amenazador. El herido no tardó en delirar. Sentía en el occipucio dolores insufribles, espantosas visiones pasaban por delante de sus ojos, cubiertos como por un velo sangriento en el que se retorcián millares de reptiles á cual más asquerosos.

El negro conocía de mucho tiempo atrás el acceso pernicioso y los remedios indígenas empleados comúnmente por las curanderas del país.

Su huerto, cuidado con esmero, no contenía solamente las plantas y los árboles útiles para la alimentación, sino también los vegetales de que la medicina criolla hace frecuente y saludable uso.

Allí se encontraba el caladú, cuyo fruto, cortado en rajás, es el elemento indispensable de la bebida llamada refresco, y que reducido á una especie de papilla constituye la cataplasma más enérgica. Había también el yapana, ó té de la Guyana, tónico y sudorífico; el batoto, arbusto de hojas extremadamente amargas, que contiene un principio febrífugo análogo á la quinina ó la salicina; el temañudo, purgante; el ricino, el caladú-diablo, cuyos granos, infundidos en aguardiente, son un específico contra la mordedura de las serpientes, etc.

Pero el estado de Robin reclamaba el uso inmediato de una medicación más enérgica. Casimiro lo comprendió así. Á pesar de la abundante sangre del vampiro, el acceso presentaba un carácter congestivo y era urgente aplicar un vejigatorio.

¡Un vejigatorio!.... ¡á los cinco grados de latitud Norte! El negro no tenía cantáridas, ni aguardiente, ni sustancia alguna que pudiera producir la vejigación.

Sin embargo, el viejo doctor *in partibus* no parecía encontrarse en gran apuro.

—Un momento me voy, vuelvo enseguida.

Tomó su machete, su cui, se marchó cojeando y exploró minuciosamente las cercanías del arroyuelo.

— ¡Ah! Esto es muy bueno —dijo bajándose. Se inclinó, recogió algo, lo puso en su vasija vegetal y repitió la operación varias veces, volviendo al cabo de un rato.

Su ausencia duró diez minutos. De pie cerca del enfermo, con aspecto grave y recogido tomó con infinitas precauciones un insecto como de quince milímetros de longitud, negro, reluciente.



Asistió el animal por la cabeza aplicó la otra extremidad á la oreja de Robin.

ente, de corselete finísimo y de abdómen muy movable, y asiendo al animal por la cabeza aplicó la otra extremidad á la oreja de Robin.

Surgió un dardo pequeño y fuerte que se implantó á gran profundidad en el epidérmis.

— ¡Hein! ¡Hein!..... —dijo en voz gangosa — esta es muy buena.

Arrojó el insecto al suelo, tomó otro y le hizo verficar idéntica manobra detras de la oreja. Luego otro, dos centímetros más abajo, y otro, hasta seis.

El enfermo gritaba á causa de lo que le hacía sufrir tan minúscula punzon.

— ¡Hein! ¡Hein! —decía sin cesar.— Este picato animal es muy bueno para el señor.

En efecto, era excelente. Aun no había trascurrido un cuarto de hora cuando dos grandes ampollas hinchadas de una serosidad amarillenta, levantaron el epidérmis produciendo una vejigación análoga á la que hubiera resultado al cabo de doce horas, con el mejor vejigatorio.

El enfermo recobraba la vida por momentos; su ronca respiracion se hizo más fácil. Sus pómulos enrojecidos por la fiebre, tornáronse pálidos, verificándose un milagro á que era completamente ajena la terapéutica civilizada.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Al oír el tambor empezó *Capi* á ladrar alegremente, y *Joli-Cœur* se incorporó un poco á un cuando estaba mal en aquel momento; estoy seguro que ambos habian comprendido que se trataba de nuestra representación.

Esta idea que se habia presentado á mi espíritu quedó bien pronto confirmada al ver la pantomima de *Joli-Cœur*; quiso levantarse y tuve que contenerle por la fuerza; entónces me pidió su traje de general inglés, la casaca y el pantalón encarnados con galon de oro y el sombrero con su penacho.

Juntaba las manos y se ponía de rodillas para que accediera á sus ruegos.

Cuando vió que no conseguía nada con las súplicas, quiso alcanzarlo por la cólera, y luego por las lágrimas.

Era indudable que nos costaría mucho trabajo decidirle á que renunciase á desempeñar su papel, y pensé que en aquellas condiciones lo mejor sería ocultarle nuestra marcha.

Pero como Vitalis ignoraba lo que habia pasado durante su ausencia, echó por tierra mis proyectos cuando al entrar me dijo que cogiese el arpa y todos los accesorios de nuestra representación.

Al oír aquellas palabras que tanto conocía, comenzó *Joli-Cœur* á suplicar de nuevo dirigiéndose esta vez á mi amo; si hubiera podido hablar, seguramente no hubiese expresado mejor sus deseos que por medio de los diferentes sonidos que lanzaba, por las contracciones de su rostro y por la mimica de todo su cuerpo.

Llegó el momento de trasladarnos al mercado; encendi un abundante fuego en la chimenea haciendo leñas que debian durar muchas horas; envolví bien en la manta al pobre *Joli-Cœur*, que me abrazaba como si fuera un ser dotado de razon.

Mientras marchábamos sobre la nieve me explicó mi accion lo que queria de mí.

No podíamos representar las acostumbradas piezas puesto que nos faltaban los principales actores; pero *Capi* y yo debíamos agotar todo nuestro talento. Era preciso recoger cuarenta francos.

¡Cuarenta francos! Era una suma enorme.

Todo estaba preparado por Vitalis, y no habia más que encender las velas; pero no debíamos permitirnos este lujo hasta que la sala estuviera bastante llena de gente, pues el alumbrado tenia que durar toda la representación.

Mientras tomábamos posesion de nuestro teatro, recorría el pregonero, por última vez, las calles del pueblo y oíamos el redoble de su caja que se acercaba ó se alejaba segun la direccion de aquellas.

En cuanto acabé de vestir á *Capi* fui á colocarme detras de un pié derecho esperando la llegada del público.

Poco tiempo despues se acercaron los redobles de la caja, y oí en la calle un rumor vago.

Le producian unos veinte muchachos que seguían al tambor marcando uniformemente el paso.

Sin dejar sus toques, fué á colocarse el pregonero entre dos candilones escondidos á la entrada del teatro, y el público no tenia que hacer más que ocupar sus puestos esperando á que comenzase el espectáculo.

¡Ay! ¡Cuán lentamente llegaba! Y sin embargo, el tambor seguía sus *ran* y sus *plan* con alegre energía; todos los chiquillos del pueblo estaban ya instalados, pero no serian ellos ciertamente los que me proporcionasen una ganancia de cuarenta francos necesitábamos personas formales cuya bolsa estuviese bien repleta y en disposicion de abrirse con facilidad. Por fin, decidió mi amo que diésemos principio, aunque no estaba, ni mucho ménos, llena la sala, pero que no podíamos aguardar por más tiempo, amenazados como estábamos por la corta duracion de las velas.

Yo me presenté el primero en la escena, y acompañándome con mi arpa entoné dos alegres canciones. En honor de la verdad, debo confesar que oí muy pocos aplausos.

Nunca he tenido un exagerado amor propio de actor, pero declaro que en aquellas circunstancias me desconoló mucho aquella frialdad del público. Es indudable que sino le agradaba no abriria el bolsillo; No cantaba por la gloria sino por el pobre *Joli-Cœur*! ¡Ah! ¡Cuán to hubiera yo dado por conover á aquel público! por entusiasmarle, por hacerla perder la cabeza! Pero segun lo que podia ver en aquel mercado lleno de extrañas sombras, le interesaba muy poco y no me consideraba como un prodigio.

Capi fué más afortunado; le aplaudieron repetidas veces y algunas con verdadero entusiasmo.

Seguió su curso el espectáculo, y gracias á *Capi* terminó en medio de ¡bravos! y palmadas.

Habia llegado el momento decisivo. En tanto que yo hablaba en escena y acompañado por Vitalis, oí

cantaba un baile español, *Capi*, con la bandeja en la boca recorría las filas de la concurrencia. ¿Lograría reunir los cuarenta francos? Esta pregunta me angustiaba el corazón mientras sonreía al público arreglando mi cara de la manera más agradable.

Estaba ahogandome y seguía bailando, pues no debía detenerme hasta que volviera *Capi*, el cual no se apresimaba, y cuando no ponían dinero en la bandeja daba golpecitos con las patas en el bolsillo que no quería abrirse.

Por fin le vi que venía á iba á pararme, pero Vitalis me hizo señas para que continuase. Así lo hice, y acercándome á *Capi* observé que la bandeja estaba mucho de estar llena.

En aquel momento, Vitalis, que también pudo juzgar de la ganancia, se levantó y dijo:

—Creo que puedo asegurar al respetable público, sin que esto se interprete por alabanza propia, que hemos realizado fielmente nuestro programa; sin embargo, como todavía nosen nuestras velas, voy á cantar, si la sociedad lo desca, algunas canciones, *Capi* dará otra vez la vuelta, y las personas que en la primera no hayan podido encontrar la abertura de su bolsillo, acaso sean ahora más afortunadas; les hago esta advertencia para que se preparen.

Aunque Vitalis había sido mi maestro, nunca le oí cantar formalmente, ó por lo ménos, como cantó aquella noche.

Escogí dos arias conocidas por todo el mundo ménos por mí, la romanza de *Joseph*: «No bien salté de la infancia», y la de *Ricardo* *Corazon de Leon*: «¡Oh Ricardo, oh mi rey!»

En aquella época no estaba yo en condiciones de juzgar si se cantaba bien ó mal, con arte ó sin arte; más lo que puedo decir es el sentimiento que me causó su manera de cantar, retirado á un rincón no pude contener las lágrimas y rompí á llorar.

Á través de la niebla que oscurecía mis ojos vi á una señora joven que ocupaba el primer banco aplaudir con todas sus fuerzas. Desde el principio me llamó la atención, porque no era una aldeana como las que componían el público, sino una señora, una verdadera señora, joven, hermosa, y que, por su abrigo de pieles juzgué como la más rica del púeblo; á su lado había un niño que aplaudió mucho á *Capi*, sin duda era su hijo, porque se parecía mucho á ella.

Después de la primera romanza empezó *Capi* su costacion, y observé con asombro que la dama no puso nada en la bandeja.

Cuando acabó mi amo el aria de *Ricardo*, me hizo la dama señas con la mano para que me acercase á ella.

—¿Quisiera hablar á vuestro amo — me dijo.

Me admiró mucho aquel deseo. Yo creía que hubiera sido mejor poner alguna moneda en la bandeja; sin embargo, fui á transmitir á mi amo la voluntad de la dama, y mientras lo hacía volvió *Capi* á nuestro lado. La segunda costacion fué ménos productiva que la primera.

—¿Qué quiere esa señora? — preguntó Vitalis.

—Hablaros.

—No tengo nada que decirle.

—No ha dado dinero á *Capi*, acaso quiera darle ahora.

—Entonces, *Capi* es quien debe ir; yo no.

Sin embargo, se decidió, pero acompañado del perro. Yo les seguí.

Mientras hablaba con mi amo, un criado que llevaba un farol y un abrigo fué á colocarse junto á la dama y el niño.

Vitalis se acercó saludando friamente.

—Perdonadme que os haya molestado — dijo la dama — pero he querido felicitaros.

Vitalis se inclinó sin responder una palabra.

— Soy bastante inteligente en música y debo manifestaros la satisfacción que me ha causado reconocer vuestro gran talento.

¡Un gran talento, mi amo, Vitalis, el cantor ambulante, el exhibidor de animales sabios! Me quedé estupefacto.

—No hay talento en los viejos como yo — dijo Vitalis.

—No creáis que me ha movido una curiosidad indiscreta — añadió la dama.

— Pero yo estoy dispuesto á satisfacerla; ¿os ha sorprendido oír cantar, ó cosa así, á un exhibidor de perros?

—Estoy maravillada.

—Sin embargo, es muy sencilla; yo no he sido siempre lo que soy ahora; ántes, en mi juventud, he sido... sí, he sido criado de un gran cantante, y por imitación, como un loro, me he puesto á ensayar algunas arias de las que mi amo cantaba delante de mí; esto es todo.

No contestó la dama, y permaneció mirando por largo tiempo á Vitalis, que estaba delante de ella en actitud embarazada.

—Hasta la vista, señor — dijo acentuando esta palabra con singular entonación; — hasta la vista, y permitidme que os agradezca de nuevo la emoción que me habeis hecho experimentar.

Después se inclinó hácia *Capi*, depositando en la bandeja una moneda de oro.

Creí que Vitalis acompañaría á la dama hasta la puerta, pero no fué así, y cuando se apartó de ella algunos pasos murmuró á media voz dos ó tres interjecciones italianas.

—Ha dado un luis á *Capi* — dijo.

Levantó la mano como para aplicarme un cachete, pero la bajó en seguida.

—Un luis — dijo, como si saliese de un sueño. — ¡Ah! sí, es verdad, pobre *Juli-Cœur*, ya me olvidaba; vamos á verle.

En un momento recogimos nuestros trabajos regresando á la posada.

Subí la escalera ántes que mi amo y entré corriendo en la habitación; aun ardía la chimenea, pero sin llama. Encendí una vela y busqué á *Juli-Cœur*, pues me sorprendí al no oírle.

Estaba acostado debajo de la manta, cuan largo era, vestido con el uniforme de general y como si durmiese.

Me incliné hácia él para cogerle suavemente la mano sin despertarle. Aquella mano estaba fría.

En el mismo instante entraba Vitalis.

— ¡ *Joli-Cœur* está frío! — le dije.

Vitalis se acercó á la cama.

— ¡ Ay! — dijo — está muerto. Esto tenía que suceder. Ya lo ves, Kemi, quizá no he obrado bien al arrebatarle del lado de Mme. Milligan. Parece que

recibo el castigo de mi falta. *Zerbino*, *Dolce*.... hoy *Joli-Cœur*. ¡ Ojalá sea esto lo último!

CAPÍTULO XVI.

ENTRADA EN PARÍS.

Todavía estábamos muy léjos de París.



Perdonadme que os haya molestado.

Fué preciso volver á ponernos en marcha por los caminos cubiertos de nieve y andar desde por la mañana hasta la noche, sufriendo el viento del Norte que nos azotaba el rostro.

¡ Cuán tristes fueron aquellas interminables jornadas! Vitalis iba á la cabeza, yo le seguía y *Capi* marchaba pisándome los talones.

De este modo avanzábamos en hilera, bien corta

por cierto, sin cambiar ni una palabra durante horas enteras, con la cara amoratada por el cierzo, los pies mojados y el estómago vacío; las personas que encontrábamos se detenían al vernos.

Era evidente que les asaltaban extrañas ideas: ¿ á dónde iría aquel viejo guiando á un perro y á un niño?

El silencio me entristecía mucho; hubiera deseado

hablar y aturdiame; pero Vitalis no me respondía más que con monosílabos alguna vez que le hablaba, y sin volverse hacía mí.

Felizmente era *Capi* más expansivo, y mientras marchábamos sentía que una lengua húmeda y caliente tocaba mi mano; era *Capi* que me lamía como para decirme:

Estoy aquí, ¿sabes? Soy yo, *Capi*, tu amigo.

Entonces le acariciaba dulcemente sin pararme.

El perro parecía quedar tan contento con aquella prueba de cariño como yo lo estaba con la suya; nos comprendíamos y nos amábamos.

Para mí era el apoyo, y estoy seguro de que yo

lo era para él; el corazón de un perro no es ménos sensible que el de un niño.

Aquellas caricias consolaban á *Capi* de tal modo que le hubieran hecho olvidar la muerte de sus camaradas si la fuerza de la costumbre no hubiese recobrado su imperio; en tales momentos se paraba en el camino para ver venir su compañía como en los tiempos en que era jefe de ella y tenía que pasarla revista. Pero esto no duraba más que algunos segundos; despertábase su memoria, y recordando bruscamente la causa de no llegar sus compañeros, nos adelantaba con rapidez, mirando á Vitalis como para hacerle comprender que no tenía la culpa; si *Zerbino* y *Dolce* no



Joli-trou está muerto, dijo.

venían era porque no debían venir. Pero daba á entender todo esto con tan expresivos ojos, que nos llenaba de tristeza.

Extendíase por toda la campiña el blanco sudario de la nieve; no se veía el sol, iluminando tan sólo el paisaje una pálida claridad; ni movimiento en el campo, ni labradores trabajando, ni ruidos de caballos, ni mugidos de bueyes; únicamente se oía el grazido de los cuervos, que, encaramados en lo más alto de las desoladas ramas, manifestaban con gritos su hambre, sin encontrar en la tierra un sitio donde posarse para buscar algún gusano; en los pueblos estaban cerradas las puertas de las casas, reinando el silencio y la soledad; cuando el frío es intenso todo el mundo se queda junto al hogar ó trabaja en los establos y alportas cobiertas.

Nosotros marchábamos adelante por el camino, mas veces aspero, otras resbaladizo, sin detenernos y sin más reposo que el sueño de la noche en una cuadra ó en las chozas de los pastores, comiendo un mísero pedazo de pan en nuestra cena, que al mismo tiempo era almuerzo y comida. Siempre que teníamos la fortuna de ser enviados á la majada, nos creíamos enteramente felices, porque el calor de las ovejas nos defendía del frío; además, como era la estación en que lactaban los corderos, me permitían los pastores beber un poco de leche. Nunca dijimos que nos moríamos de hambre; pero Vitalis, con su acostumbrada habilidad, sabía insinuar que á el muchacho gustaba de beber leche, pues la había tomado desde su infan-

cia y aquello le recordaba su tierra. No siempre tuvo éxito aquella fábula; pero cuando la alcanzaba nos dábamos el parabién.

A los kilómetros sucedieron otros kilómetros, á las jornadas otras jornadas; nos acercábamos á París, y si no me lo hubieran advertido los guarda-cantones colocados en las orillas del camino, lo hubiese notado por la circulación, que era más activa, y también por el color de la nieve que cubría la carretera, mucho más sucio que en las llanuras de Champagne.

¡ Cosa notable para mí! El campo no me pareció más hermoso, los pueblos no eran diferentes de los que habíamos atravesado algunos días ántes. Tantas veces había oído hablar de las maravillas de París que en mi imaginación sencilla me figuraba que se anunciaría desde lejos por algo extraordinario. Yo no sabía precisamente lo que debía esperar y no me atrevía á preguntarlo, pero siempre esperaba prodigios: árboles de oro, calles formadas por palacios de mármol, y en esas calles, habitantes vestidos con trajes de seda; todo me hubiera parecido muy natural.

Por atento que estuviese buscando los árboles de oro, no dejé de observar que ya no nos miraban las gentes que encontrábamos; sin duda tenían demasiada prisa para detenerse, ó acaso estaban acostumbradas á espectáculos más dolorosos que el que nosotros ofrecíamos.

Aquello no era tranquilizador.

¿ Qué íbamos á hacer en París, y sobre todo en el estado de pobreza en que nos hallábamos?

Hubiera querido interrogar á Vitalis, pero no me atrevía porque estaba sombrío y siempre que me contestaba lo hacía con el mayor laconismo.

Un día, por fin, se dignó colocarse á mi lado, y por la manera con que me miró conocí que iba á saber lo que tantas veces había deseado.

Era por la mañana, habíamos dormido en una granja á poca distancia de un pueblo bastante grande, que, según decían las lápidas azules del camino, se llamaba Boissy-Saint-Léger. Salimos muy temprano, con el alba, y después de atravesar el pueblo, vimos desde lo alto de una cuesta una gran nube de oscuros vapores que se cernían sobre una ciudad inmensa de la

que no pude ver más que algunos monumentos nevados.

Abrió los ojos para tratar de orientarme en aquella confusión de techos, torres y campanarios que se perdían en las brumas y entre el humo, cuando Vitalis, retardando el paso, vino á colocarse al lado mío.

—Ha cambiado nuestra vida — me dijo como á continuase una conversación ya entablada; — dentro de cuatro horas estaremos en París.

— ¡ Ah ! ¿ Esa población que se extiende allá abajo es París ?

— La misma.

En el momento en que Vitalis me decía que aque-



Me permitían los pastores beber un poco de leche.

lla ciudad era París, rasgó la bruma un rayo de luz y deslumbró mis ojos un espejismo dorado.

Decididamente no estaba en un error; iba á encontrar árboles de oro.

Vitalis continuó:

— En París debemos separarnos.

Instantáneamente fué de noche para mí, y ya no pude ver los árboles de oro.

Volví la vista hácia Vitalis, él también me miró y la palidez de mi rostro y el temblor de mis labios le dijeron lo que me pasaba.

— Estás inquieto — me dijo — tienes tristeza, lo eres.

— ¡ Separarnos ! — exclamé en cuanto pasó el primer instante de sorpresa.

— ¡ Pobrecillo !

Esta palabra y el tono con que fué pronunciada me hizo brotar el llanto; ¡ hacía tanto tiempo que no había oído una frase cariñosa !

— Ah ! ¡ Sois muy bueno ! — exclamé.

— Tú lo eres, tú; un buen muchacho, tienes un corazón hermoso. Mira, hay momentos en la vida en que uno está dispuesto á reconocer estas cosas y conmoverse por ellas. Cuando todo va bien, sigue uno su camino sin pensar mucho en los que le acompañan; pero cuando todo va mal, cuando conoce uno

que se halla en una senda peligrosa, y sobre todo cuando se llega á la vejez, es preciso apoyarse en los que nos rodean, y nos consideramos felices con verlos á nuestro lado. ¿ Te parece asombroso que yo me apene en ti, no es verdad ? Y sin embargo, así es. Al verte con los ojos humedecidos oyendo mis palabras, siento un gran consuelo. Porque yo también, mi querido Kemi, estoy muy triste.

Mucho tiempo después, cuando he tenido á quien amar, he sentido y experimentado la exactitud de aquellas palabras.

— Lo que constituye nuestra desgracia — continuó Vitalis — es que debemos separarnos en el instante mismo en que debíamos estar más unidos.

— Pero, ¿ queréis abandonarme en París ? — pregunté tímidamente.

— No, en verdad; no quiero abandonarte, créeme. ¿ Qué harías tú solo en París, hijo mío ? Además, no tengo derecho para abandonarte. El día en que no accedí á dejarte entregado á los cuidados de aquella bondadosa señora, que quería encargarse de ti y darte la misma educación que á su hijo, contraí el compromiso de educarte yo como mejor pudiera. Por desgracia, no me son favorables las circunstancias. No puedo hacer nada por ti en este momento, y he aquí por qué pienso en separarnos, no para siempre.

sino por algunos meses, á fin de que podamos vivir cada uno por nuestro lado mientras dura la estación de invierno. Dentro de pocas horas llegarémos á París. ¿Qué quieres que hagamos allí con una compañía reducida únicamente á *Capi*?

Vitalis se detuvo un momento para pasar la mano por la cabeza del perro.

—Tú también—dijo—eres un buen perro; pero en el mundo no se vive con la bondad, es necesaria para tratar á los que nos rodean, pero también hace falta otra cosa que no tenemos. ¿Qué vamos á hacer sólo con *Capi*? Comprendes muy bien que no podemos dar representaciones.

—Es verdad.

—Los pilluelos se burlarían de nosotros, nos arrojarían tronchos de berza, y no ganaríamos veinte sueldos al cabo del día; ¿hemos de vivir los tres con veinte sueldos, que se reducirían á cero en los días de lluvia, de nieve ó de frío?

—Pero, ¿y mi arpa?

—Si tuviese dos chicos de tu edad, ménos mal; pero un viejo como yo y un niño como tú, no es buen negocio. Y á pesar de todo, no soy bastante viejo. Si estuviese más achacoso, ó si fuera ciego.... Pero, desgraciadamente soy lo que soy, es decir, un hombre que en París no puede inspirar compasión á



Dentro de cuatro horas estaremos en París.

las personas que van apresuradas á sus negocios, y valdría más que tuviera un aspecto lastimoso; además, es preciso no tener vergüenza para pedir limosna, y esto no me sucederá nunca. Necesitando otra cosa, he pensado entregarte hasta la primavera á un amo que te alistaré con otros niños para tocar el arpa.

Cuando hablé de este instrumento no pensé en semejante determinación.

Vitalis no me dejó tiempo para interrumpirle:

—En cuanto á mí—prosiguió—daré lecciones de arpa y de violín á los niños italianos que trabajan en las calles de París. En esta ciudad soy muy conocido por haber habitado mucho tiempo, y de ella iba cuando llegué á tu pueblo; no tengo que hacer más sino pedir lecciones para recibir más discípulos de los que puedo enseñar. Vivirémos, pero cada uno por su lado. Á la vez que dé mis lecciones, me ocuparé en instruir dos perros para reemplazar á *Dolce* y á *Zerbino*. Aceleraré su educación, y en la primavera nos pondrémos en marcha los dos juntos, mi querido Kemi, para no abandonarnos, pues la fortuna no siempre es ingrata para los que tienen el valor de luchar. Esto es lo que te pido ahora, valor y resignación también. Más adelante irán mejor nuestros asuntos y es corto el tiempo malo que hemos de pasar. Luego, cuando acabe el invierno, recobrarémos nuestra libre y hermosa existencia. Te llevaré á Ale-

mania y á Inglaterra. Crecerás y cultivaré tu inteligencia. Te enseñaré muchas cosas y te haré un hombre. He contraído este compromiso con *Mme* Milligan, y lo cumpliré. Á fin de poder realizar esos viajes, he tratado de que aprendas el inglés, el francés y el italiano; esto ya es algo para un niño de tu edad, sin contar con que has adquirido robustez física. Ya verás, querido Kemi, ya verás como no se la perdido todo.

Aquella combinación era quizás la más conveniente para nosotros. Cuando pienso en ella reconozco que mi amo hizo todo lo posible por salir del apurado trance en que nos hallábamos. Pero después de reflexionar no se piensa lo mismo que en el primer instante. En todo lo que me dijo no vi más que dos cosas: Nuestra separación y el amo.

En nuestras correrías por los pueblos había encontrado varios de esos amos que conducen niños, á quienes han reclutado acá y acullá, enseñándoles á fuerza de palos.

No se parecían en nada á Vitalis, pues eran duros, injustos, exigentes, borrachos, con la injuria y la grosería en los labios y la mano siempre levantada. ¿Caería yo en poder de alguno de esos terribles patrones?

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA.

POR D. JOSÉ MORENO FLESTES.

De repente el marinero experimentó profunda alarma. Los astutos animales decidieron probar si el techo de la barraca era más accesible á sus intentos que las paredes; uno de ellos, el macho tal vez, pues era el de mayor tamaño, trepando sobre el robusto lomo de su compañera logró encaramarse á la techumbre....

Las tablas crujián y amenazaban ceder bajo el peso de la enorme bestia....

V.

Storch, ante lo inminente del peligro, no vaciló en despertar á sus compañeros de asistencia: armáronse éstos de cortantes hachas y cuchillos, y aquel amartilló su pistola. Los enfermos entre tanto dormían profundamente; terrible debió ser su despertar en medio del estruendo y de la espantable escena de que algunos momentos despues fué teatro su tranquilo albergue.

De pronto parte del techo cedió, rompiéndose algunas tablas, que arrastraron en su caída al oso y á varios tablones de una de las paredes....

La temible fiera polar atardóse un instante al caer; pero esto duró apénas un segundo; bien pronto dirigióse á uno de los marineros, y ántes de que éste pudiera herirle con su hacha le derribó de una manotada al suelo; al mismo tiempo su compañera apareció por el boquete que las desprendidas tablas dejaron abierto en la pared.

Angustiosa era la situación del marinero caído en tierra; la formidable garra del monstruo gravitaba sobre su brazo derecho con el cual procuraba el desgraciado resguardarse la cabeza.

Por fortuna suya fué prontamente auxiliado. Storch disparó á boca de jarro los dos tiros de su pistola sobre la cabeza del oso. Éste cayó sin vida; tenía el cráneo destrozado; su hembra succumbía al mismo tiempo, gracias al tremendo hachazo con que el otro marinero hendió su cerviz.

No pudo, en verdad, ser más rápido el desenlace de aquel drama polar, si se me permite decirlo así; mayor duracion obtuvo el terror que los convalecientes experimentaron al ser tan bruscamente interrumpidos en su profundo sueño por aquel impensado accidente.

El marinero derribado sufrió una fuerte contusion en el pecho, y varias heridas en el brazo y la cabeza. El cuadrado Storch y su otro camarada salieron indemnes de aquel aprieto.

También algunos de los que dormían fueron más ó

ménos lesionados por la tablazon y los astillosos fragmentos que se desprendieron de la techumbre.

Quando la débil luz del día deshizo á medias las sombras de las largas y oscuras noches del polo, los marineros examinaron detenidamente los alrededores de su morada, por si tenían más enemigos que combatir; y no viendo señal alguna que les indicase su presencia, entregáronse al mayor contento. Se propiaban con las frescas y gustosas carnes de los osos muertos celebrar un banquete, digno de Lúculo, si este fastuoso general romano, por algun azar de la fortuna se hubiese visto á 62° de latitud en las tierras de las zonas glaciales.

CAPÍTULO V.

LOS ARGONAUTAS.—URSUS MARITIMUS.—LA COMUNICACION TELEGRÁFICA.—EN MARCHA HACIA EL SUR.—¡VICTORIA EN TODA LA LÍNEA.

I.

Ciertamente que si el locuaz don Francisco Poey formara parte de la expedición británica, en vez de navegar en compañía de su amigo el capitán Félix Ballesta, hubiese aprovechado á maravilla el incidente ocurrido con los osos á los marineros del *Great Britain* para dar rienda suelta, aunque fuese por breves momentos, á la viva comezon, al inveterado flujo de charlar que continuamente le poseía.

Pero podría perdonárselo al bueno del sabio esta, si se quiere, manifiesta propension y su excesiva influencia de palabras en gracia de lo ameno, instructivo y agradable de su conversacion.

Si los marineros españoles hubiesen experimentado el pereance que refiere en el capítulo anterior, pronto el señor Poey, reuniéndolos en torno suyo y afirmándose en la acatallada nariz de los dorados espejuelos, habria soltado la taravilla y dádoles, en pequeñas proporciones, un curso completo acerca de la historia vida y milagros de los osos polares.

Sobre poco más ó ménos, y en las siguientes ó parecidas formas, hubiera el ilustre doctor Poey dirigido la palabra á los marineros del *Baltasar Ballesta*.

—«Sí, dignísimos émulos de los famosos argonautas que conquistaron el Velloquio de oro, sabed.... Pero advertido en la franca fisonomía de algunos de vosotros, que no habeis comprendido lo que acabo de decir.... Justo es que explique mis palabras. Donde entendido, mis bravos camaradas, que allá en los tiempos de entónces, cuando dicen que los reyes moraban, habia en la Tesalia, que es un antiguo país

de la Grecia, un mozo de veinte años, tan atrevido como los que más lo sean en nuestro tiempo, el cual exigió á su tío Pelias le restituyese el trono de su padre, que le tenía usurpado; pero el sátrapa del tío se llamó andania, como suelo decirse, porque para devolverle frustrerías de esa especie siempre sus poseedores mostráronse rebacios. No sólo Pelias retrovo entre sus uñas el trono de Joleos en perjuicio de Jason, que así se llamaba el manco, sino que, halagando su vanidad, le indujo á emprender una temeraria empresa; la de ir á Cólquide y echar el guante al célebre Vellocino de oro, guardado por un horrible dragon y furiosos bueyes, que echaban fuego de sus abiertas fauces.—La aventura sacó de quicio al mozo, pues era muy dado á andantes caballerías, y sin prever que su tío le enviaba á aquella lejana expedición de su santo propósito de que las Parcas dienan cuenta de su persona, mandó enhorramala el trono de su padre Eon, y embarcóse con gran número de calaveras como él en el navío *Argos*, por cuyo motivo dióse el nombre de argonautas á sus tripulantes..... »

Aquí supongo que el doctor Poeey detendría un momento el hilo de su perorata para colocar convenientemente sus rebeldes espejuelos; no porque en realidad se le fueran á caer, sino por una especie de hábito ó costumbre, que desde mucho tiempo atrás había contraído.

Es también de presumir, lector discreto, que realizada por vía de paréntesis aquella operación, volviése á saltar el digno hombre la sin hueso en estos ú otros más apropiados términos :

II.

—«Ahora, amigos míos, dejando aparte la precedente digresion *argonautica*, paso á manifestaros en brevisimos conceptos cuanto saben los naturalistas acerca del oso polar, que bien pudiera llamársele señor de horeca y cuchillo en las heladas regiones que habita, así como se nombra al leon, por antonomasia, rey de las selvas. El oso blanco, *ursus maritimus* de Linnæo, goza la merecida reputacion de ser el más fiero y terrible de cuantos congéneres suyos se pasean por el esférico terrestre. La Naturaleza, que es madre solícita para todas sus hechuras, ha dado al oso polar, tal vez como distintivo de soberanía, un soberbio manto de armiño que le cubre de piés á cabeza; formando largos, espesos y sedosos pelos blancos, los cuales tiene hasta en las plantas de los piés, preservándole esto del inmediato contacto de los hielos. Como rasgos característicos que le distinguen de los osos de otras especies, nótanse en él la extension del cuello, del cuerpo y de los piés. Suele tener de largo de dos á tres metros, aunque nunca llega á medir cuatro, como afirman ciertos navegantes en quienes el miedo aumentó indudablemente las proporciones del animal. Durante el corto estío de las regiones glaciales el oso blanco reconoce el interior de las tierras que forman sus dominios, y por ellas discurre solitario y feliz; pero bien pronto importunas nieves y heladas cubren, como un fúncbre sudario, los desolados territorios de su reino, y su majestad polar vese entonces en el duro trance de abandonar unos domi-

nios que no le proporcionan ya alimento alguno. Trasládase á orillas del Océano, y en él persigue, hasta en sus profundidades, á los peces y anfibios mamíferos con que se nutre y regala. Zambulle con suma facilidad, y es tan diestro nadando, que corre muchas leguas sin descansar ni sentir fatiga. Algunas veces se sube sobre un témpano flotante, y como en prueba de su fuerza y poderío duérmese en él con la tranquilidad del justo, mientras que las olas arrastran la mole que lo sustenta á increíbles distancias en alta mar. Llegan el exiguo verano que en las zonas polares impera, y entónces la cara mitad del oso blanco da á luz uno ó dos tiernos vástagos, que amamantan sobre un lecho de blando musgo; los dos esposos se muestran, al decir de los naturalistas, cuidadosos y amantes de su prole hasta que ésta sabe todo lo que la conviene; esto es, proveer á las necesidades de su estómago. Sus presas consisten, por lo comun, en focas y pequeñas morsas; y áun suele atacar á los ballenatos, á cuyo efecto se asocia con algunos de sus congéneres; tampoco desdeña los cadáveres que el mar arroja á las costas ó hace sobrenadar en su superficie; lo cual demuestra que no usa de remilgos en sus gustos gastronómicos. Los navegantes que se ven obligados á invernar en las regiones de los polos, temen su presencia como una de las mayores contrariedades que pueden sobrevenirles. Dotado el oso de un valor ciego, que desconoce el peligro, y de tan insaciable voracidad, que pocas veces se ve barto, acomete sin reparar en el número de enemigos, á un grupo de marineros bien armados, ó bien se lanza al abordaje de un lanchon lleno de hombres. Á su temeraria fiereza suele unir la astucia, la perseverancia, el cálculo. No es posible, en cautividad, obligarlo á que modifique en más ó en menos sus feroces instintos; no admite educacion alguna; conserva siempre su carácter terrible y brutal. De lo expuesto se deduce que harémos bien en mostrarnos circunspectos y en rehuir, en lo posible, toda clase de contacto con el personaje que lleva por nombre *ursus maritimus*. »

Con estas frases hubiera quizás terminado su concisa explicacion el digno señor Poeey, si lo que supongo mera hipótesis fuese un hecho de incuestionable realidad.

III.

Corrian las primeras horas de una noche por extremo despacible y fría. No amenazaba desenvolverse en el instante á que me refiero ninguna de esas terribles borrascas que tan frecuentes son en el Océano glacial del Sur; pero el mar mostrábase hondamente agitado.

Á largas distancias flotaban en él enormes témpanos de hielo, cuya brúñida y trasparente superficie reflejaba en sus accidentadas escotaduras el tembloroso fulgor de las estrellas.

Algunas veces, en medio del sordo rumor del oleaje y de las sombras que todo lo envolvian, dejábanse oír formidables ruidos, desgarramientos extraños que producian cien y cien diferentes resonancias. Era que dos de aquellas masas flotantes chocaban entera-

rompiéndose, fracturándose, confundiendo una en otra en repetidos encuentros y vaivenes.

Llevaba aquel día la fecha 18 de Noviembre. Por el paralelo 60 y haciendo rumbo hacia las islas Sandwich navegaba á media máquina un buque de tres palos. No era difícil reconocer en él al vapor de hélice *Gibraltar*, que en cumplimiento del acuerdo adoptado por el capitán Crossbow y sus oficiales, se había hecho á la mar algunos días antes para explorar, hasta donde fuere posible, al E. y al O. del meridiano 20, al paralelo 62.

La goleta *Great-Britain* seguía entre tanto anclada en la pequeña bahía, que resguardaban al Noroeste grandes bloques de hielo. Habíanse quedado en ella algunos marineros del *Gibraltar*, cuya salud hallábase más ó ménos quebrantada.

Ya he dicho anteriormente, que los de mayor gravedad fueron conducidos á tierra; y tanto éstos como los que permanecieron á bordo recuperaron en breves días el perdido vigor. Á pesar de que buen número de los tripulantes del buque que mandaba el inglés de pega no estaba en situación de prestar servicio, ejerciase en él, como si estuviese navegando, la mayor vigilancia.

En la noche á que me refiero, hallábase de cuarto en el *Great-Britain* el segundo piloto, Jacob Mc. Nally. Paseándose por la toldilla estaba, envuelto en un capote de pieles, cuando de en medio de las tinieblas de la noche vió surgir, á larga distancia, una chispa luminosa que en zig-zag se elevó hasta el cielo y deslízose á poco en un haz de luces de colores.

Jacob Mc. Nally, de cuya ciudad natal, Glasgow, han salido excelentes hombres de mar, fijóse en aquel acontecimiento con todos sus cinco sentidos. El oficial de cuarto ha de estar atento y vigilante siempre, nada ante él debe pasar desapercibido, porque el hecho más insignificante al parecer puede encubrir gravísimas consecuencias.

El escocés, haciendo todo ojos, pero grave y flemático como buen inglés, esperó, fija la mirada en el negro horizonte que hacia el Sur se extendía,....

Algunos segundos después, una ráfaga de luz tan brillante como la anterior se perdió en el espacio, despidiendo antes de extinguirse, un ramillete de chispas multicolores.

Un tercer cohete, pues no otra cosa eran aquellos rastros luminosos, resplandeció un instante entre las sombras de la noche austral.... El segundo piloto corrió á la cámara para noticiar á su jefe aquel acontecimiento....

La marinería que estaba de guardia se puso atenta al pito del contramaestre. Transcurridos apenas algunos momentos, de la cubierta del *Great-Britain* se elevaron, uno después de otro, tres cohetes semejantes en un todo á los que á larga distancia los habían precedido.

Mientras esto tenía lugar, Mr. Crossbow y sus oficiales, que habían subido al puenteillo, examinaban con vivo interés la densa oscuridad que ante ellos se extendía, y á la luz de un pequeño farol, que sustentaba el contramaestre William, el horario de un abultado cronómetro; uno de los oficiales, Mr. John

Smith, provisto de papel y lápiz, parecía dispuesto á tomar algunas notas,....

De repente, hacia el punto en que los primeros cohetes brillaron, fulguró intenso y resplandeció un rayo de luz que semejava el rastro luminoso de un cometa; después aquel haz deslumbrador empezó á sufrir ciertos eclipses ó interrupciones más ó menos prolongadas,....

Consultando con el cronómetro el tiempo que duraban las intermitencias de la luz, el segundo del *Great-Britain*, John Smith, hacia rápidamente sobre el papel un cálculo de telegrafía náutica. Las oscilaciones más ó menos prolongadas de la luz eléctrica correspondían exactamente á los signos del alfabeto teleográfico.

Una comisión internacional ha establecido de común acuerdo el valor alfabético de los citados signos, que son perfectamente legibles para aquellos marinos que los conocen.

La comunicacion telegráfica que en aquel momento se recibía á bordo del *Great-Britain*, hacíase desde la goleta *Gibraltar*, que se encontraba navegando á algunas millas, al O. de las islas Sandwich.

Hé aquí los términos en que estaba concebido el telegrama:

«Por el paralelo 63, á los 59° 40' de longitud Oeste en los límites de la Océania, dilatada extension de tierras á lo lejos; parecen un continente; el mar libre de hielos hasta las costas.»

IV.

Vivísima sensacion produjo el precedente despacho en el espíritu del capitán John Crossbow. La fortuna parecia favorecerle en sus aviesas intenciones; próximo se encontraba, según creía, á alcanzar la meta apetecida. ¡Qué de tumultuosas ideas surcaron, como ráfagas de fuego, por la imaginacion de aquel hombre terrible!

¡Ah! indudablemente bullian en su cerebro en aquellos instantes las más halagadoras esperanzas. Los rencores acumulados en su espíritu desde tanto tiempo atrás desbordábanse en tan feliz momento, como el caudaloso torrente rebasa sus antiguos cauces, hinchado por las lluvias y el contingente que le envían las vertientes próximas.

Detras de él quedaban su odiado pariente y la más aborrecida España. Este pensamiento hizole prorrumpir en las más locas demostraciones de alegría.

Gran movimiento se desplegó á bordo del *Great-Britain*; tan luego la escasa luz del día iluminó aquellas apartadas regiones, el buque inglés se hizo á la mar en demanda de las desconocidas tierras que fueron avistadas á bordo del *Gibraltar*.

No sólo Mr. Crossbow y sus oficiales, sino todos los marineros, parecían poseídos del mayor entusiasmo; en unos y otros era vivísima la excitacion; únicamente el irlandés Mr. Francis O'Donnell conservaba su aspecto frío y enigmático en medio de la general satisfaccion.

Preparóse el aparejo, se encendieron las máquinas é izárouse á bordo los anclotes y sus pesadas cadenas. No tardó en estar el buque en franquía y dispuesto á

hender con su agudo tajamar el proceloso oleaje del Océano, tan luego se dióse la orden de marcha.

Esta se hizo esperar mucho tiempo para las impacencias que dominaban á bordo. Al fin un ligero vislumbre matinal inicióse por la región del E., y la goleta de tres palos *Great-Britain* púsose en movimiento, impulsada por su poderosa hélice, mientras que espesas columnas de humo brotaban de la chimenea y se escapaba el vapor, entre agudos silbidos, desde su gran recipiente, al exterior, por los estrechos conductos que, á voluntad del maquinista, le abren paso.

En el momento de partir, cuando los oficiales y buen número de marineros se hallaban sobre cubierta atentos á las maniobras que se ejecutaban, Mr. Cróssbow, de pie sobre el puentecillo, prorumpió con entusiastas voces:

— ¡Hurra por la noble Inglaterra!

— ¡Hurra! ¡hurra! ¡hurra! — repitió por tres veces la marina inglesa, electrizada por aquel mágico grito.

V.

La goleta hizo rumbo hácia el S. O., dejando detras de sí una larga estela; las palas de la hélice agitaban con gran ímpetu las glaciales ondas, porque en aquellas regiones parecen las aguas más gruesas y resistentes que en las zonas templadas ó en las ecuatoriales.

Limpida estaba la atmósfera, tendido el oleaje, que avanzaba, en su continuo movimiento hácia el S. S. E., considerable número de *icebergs*, los cuales revestían las más fantásticas formas.

Una brisa suave del N. N. O. sopla con irregulares intermitencias, acumulando en el horizonte, á su paso, las brumas de la noche, que gravitaban sobre el mar.

Los vientos de aquel cuadrante, á sean los contrarios del S., reinan constantemente en las zonas australes, tan luego se trasponen las calmas del trópico de Capricornio. En el rumbo que llevaba la embarcación inglesa, combatida de traves al viento; pero esta circunstancia, que sería gravísima para un buque de vela, no afectaba ostensiblemente al de vapor.

Tan luego la luz de aquellos días crepusculares se hizo más intensa, la tripulación del *Great-Britain* divisó por su banda de sotavento, á la distancia de cinco ó seis millas, un barco de hélice.... Era la goleta *Gibraltar*, que al acercarse á su capitana maniobró haciendo rumbo hácia ella. Pronto estuvieron al alcance de sus bocinas los dos buques; el capitán del primero confirmó, ampliándolo con numerosos detalles, el telegrama que había enviado la noche precedente.

Las dos embarcaciones, forzando la presión de sus máquinas, sin cuidarse de los numerosos hielos flotantes que de continuo les asaltaban, emprendieron vertiginosa carrera en dirección al S. S. O.

Lento era su andar para la impaciencia que parecía consumir al capitán Cróssbow; tenían que recorrer, aproximadamente, 1.180 millas ántes de llegar á los

59° 40' de longitud O., por el paralelo 63. Pero el destino favorecía en aquellas circunstancias á las naves inglesas; sin experimentar contratiempo alguno en tan procelosos mares, llegaron tres días después al término señalado.

La exaltación de Juan Ballesta no tuvo entonces límites:

— ¡Ah! — exclamó con enronquecido acento, — ¡Allí está! ¡allí está la tierra prometida! ¡la Nueva Sion! Ved cómo se extiende de E. á O. en muchos centenares de millas. ¡No, no es ilusión! ¡Allí está! Sus costas parecen acantiladas y peñascosas.... Antes de un día las abordaremos.... ¡La victoria es nuestra! ¡Yo, Mr. Cróssbow, he vencido al último de los Ballesta! ¡La Gran Bretaña dominará siempre en todos los mares! ¡Suyos sean el honor y la gloria de este descubrimiento!

CAPÍTULO VI.

EMBARRANCADO EN UN ARRECIFE. — ALENTADORAS ESPERANZAS. — SONDEANDO EL CANALIZO. — EL CAMARIN DE LOS GENIOS.

I.

¿Qué era entre tanto de las naves de la expedición española? ¿Dónde se encontraban? ¿Qué hicieron después del fatal accidente que experimentó el bergantín-goleta *Algeciras*?

Hondamente afligido y contrariado el capitán Félix Ballesta por aquel acontecimiento, resolvió hacer rumbo hácia las islas de Nueva Georgia, y recalcando en ellas, reconocer y reparar en lo posible las averías de aquel buque, en el cual, poco después de la catástrofe, inicióse también un principio de fuego, que por fortuna fué prontamente sofocado.

Pero bien dice el refrán que «el hombre propone y Dios ó el acaso dispone.» Veinticuatro horas después de haber el capitán Ballesta puesto por obra su pensamiento, ocurrió otro incidente que cobó por tierra sus planes. El *Algeciras* navegaba á la vela, acompañado del otro buque, que sujetaba al suyo su andar, y en esta disposición, cuando ya se apercibían á lo lejos los primeros escollos y arrecifes de las islas de Nueva Georgia, sobrevino de repente la más deshecha tempestad.

Descomulgadas las olas envolvieron á las embarcaciones; el viento contra-alisio se desencadenó con toda la fuerza del huracán, y á su paso encabitaronse las olas — permitásemle el símil — como el feroz castigo al sentir de súbito inesperado castigo.

La terrible marejada y las furiosas rachas del N. N. O., que conducían en sus alas inmensos torbellinos de nieve, arrastraron al *Algeciras* á considerable distancia del *Baltasar Ballesta*.

Repetidas señales hicieronse los dos buques para no perderse de vista y auxiliarse mutuamente si era preciso; pero las luces eléctricas eran impotentes para traspasar con sus rayos luminosos las negras brumas que los absorbían, y los ensordecedores ruidos de la tempestad ahogaban por completo el estampido de los cañonazos.

El bergantín-goleta, aferrado todo el velamen mé-

nos el contra-fogue, en que hacia presi el viento, huyó delante de la borrasca....

De esta suerte corrió horas y horas, por largo espacio de tiempo, hasta un instante de suprema angustia para los que le tripulaban, porque de repente cayó de costado sobre un banco de arena....

A medio cable, á lo sumo, como se observó al amainar el tiempo y esparcir el día su escasa claridad, levantábase por encima de las olas extrañas construcciones de rocas basálticas, que, por su igualdad y simetría, más que de la Naturaleza semejabán obras de los hombres.

Aunque la tempestad había abonanzado considerablemente, no por esto se despejaban las densas brumas que al rededor del *Algeciras* limitaban el horizonte á poco más de una milla. El buque había embarrancado en un arrecife de gran extension, que á corta distancia sobrepasó del agua, formando un pequeño islote de escasa altura y superficie casi plana, cubierto de arenisca y guijarros cuarzosos....

Libre de hielos estaba el islote, pues á causa de ser tan bajo barríanle con frecuencia las olas. El capitán Salinas, apenas lo permitió el estado del mar, pasó á reconocer la situación del buque; en nada, aparentemente, habían sufrido sus fondos al embarrancar; metido de proa y de la banda de estribor en el arrecife, no era dificultoso empeño sacarle por la popa del lecho de movable arena en que estaba clavado.

Sobre todas las cosas afectaba al honrado Salinas ignorar qué habría sido del *Baltasar Ballesta*. Á fin de ponerse en aptitud de buscarle, resolvió sacar á flote su barco; contaba con una tripulacion de cien hombres en buen estado de salud y con cuantos elementos pudieran facilitar dicho propósito.

II.

Al siguiente día, despejada en algun tanto la brumazon, pasaron al islote algunos marineros con la idea de colocar en tierra firme una especie de cabrestante, que permitiera la traccion del buque.

Fuó necesario fijarle sólidamente, dada la enorme fuerza que habia de gravitar sobre él. El contramaestre del *Algeciras* era hombre práctico en su oficio, y procedió con sus subordinados á abrir un gran hoyo para empotrar en él gran parte del aparato de traccion.

Contemplaban aquel trabajo con estóica gravedad crecido número de pingüinos; son entendidos arquitectos estas aves, y les interesaba, sin duda, examinar de cerca los extraños propósitos de aquellos seres, que caminaban como ellos en dos piés.

Tristes y silenciosos desempeñaban los marineros su tarea. No confiaban mucho, ciertamente, en el resultado de la operacion que iba á practicarse para desmenuar el buque; pero no habia, por el momento, otra cosa mejor que hacer. Si sus esfuerzos no obtenían el fin apetecido, ¿qué sería de los pobres naufragos, perdidos en aquel ignorado escollo del Océano ginebral del Sur, dónde la Naturaleza muéstrase tan cruel y desapiadada con el hombre?

Esgrimiendo largos azadones avanzaban lentamente

en su faena los marineros, cuando uno de ellos fijó sus miradas, sin propósito ostensible, en el limitado espacio que se extendia delante de él.... La malla, que cerrábase pesadamente sobre el mar, circunscribía aún á muy estrechos límites, nalla y media á lo sumo, la aparente visitudinal del horizonte.

De repente, un grito de sorpresa se escapó de los labios del marinero; sus camaradas miráronle asombrados.

— Ved — exclamó; — ved entre la bruma el humo de un barco de vapor.... Allí, allí; fíjase bien.

Y en verdad que era preciso fijar mucho la atencion para darse cuenta de lo que el marinero veía tan distintamente. Los hombres de mar tienen ejercitada de tal modo la vista, que apereben á largas distancias cosas que otros, por más que miran, no ven.

— ¡Es él, es él! Es el *Baltasar Ballesta*! — prorrumpieron con indescriptible júbilo los marineros.

Juzgábase ya salvados de la aflictiva situacion en que se hallaban. Algunos de aquellos hombres, á pesar de su rudo aspecto, prosternáronse en tierra, y dieron gracias á Dios por aquel inesperado socorro.

Quizás sus deseos les engañaban. ¿No podía el humo observado pertenecer á otro buque? ¿Qué seguridad tenían de que fuese aquel el *Baltasar Ballesta*?

III.

Cumpléronse las esperanzas de los marineros; la goleta que mandaba el jefe de la expedicion dirigióse á toda máquina hacia el escollo. Varios disparos de arma de fuego, hechos á bordo del buque naufragado, llamaron la atencion del capitán Ballesta, que desde dos días atras cruzaba por aquellas aguas en demanda del *Algeciras*.

En las primeras horas de la mañana siguiente, que ostentábase más placida y serena que las anteriores, pues la bruma había desaparecido, veíase una lancha tripulada por cuatro remeros, el doctor Poy, el capitán Salinas, D. Félix Ballesta, que iba al timón, y el contramaestre *Borrasca*, que de pie, erguia su alta estatura en la proa.

Mientras navegaba la chalupa por en medio de las construcciones de basalto, á que hice antes referencia, situadas á medio cable del arrecife en que embarrancó el *Algeciras*, practicaba el honrado contramaestre repetidos sondeos del fondo de aquellas aguas.

Esta operacion, que se hacia con suma escrupulosidad, tenia por objeto conocer si la especie de canalizo que separaba los basaltos del extremo más elevado del arrecife, contendría bastante proximidad para el calado del bergantín-goleta. Arrancado éste de su varadero, era más facil sacarle mar adentro por el citado canalizo, que arrastrándole sobre el banco de arena.

En la popa del buque habíase afianzado fuertemente un pequeño mástil, al cual serian atados los calabrotos que, sujetos por su otra extremidad al aparato establecido en tierra, verificarían la necesaria traccion.

IV.

— Bien, *Hoyasca*; suspende el sondeo — dijo á la sazon Ballesta. — Ya veis, señores — añadió dirigiéndose al doctor y al capitán Salinas — que es perfectamente practicable la salida del buque por este canalizo, el cual acusa en toda su extensión una profundidad que fluctúa entre ocho y quince brazas.

— Debemos proceder de momento — repuso Salinas — á extraer del arrecife el bergantín-goleta. Ya el cabrestante, perfectamente instalado en el islote, se encuentra dispuesto á funcionar.

— ¿Eh? ¿qué decís? ¿de qué habláis, amigos míos? — exclamó en este momento el Sr. Poey, que no habia entendido una palabra de lo que tan cerca de él se decía.



Práctica la el honrado contramaestre repetidos sondeos....

— ¿En qué pensáis, doctor? ¿Qué ideas absorben de tal suerte vuestro magín, que os impiden daros cuenta de lo que á vuestro al rededor sucede?

— Dispensadme, capitán Ballesta. Contemplaba, verdaderamente embebido, esas columnatas de basaltos que tenemos á la vista, tan iguales, tan simétricas, tan pulimentadas, que parece que la mano del hombre las ha trabajado.

Observad esa puerta, perfectamente construida á escuadra, y esos pilares á nivel en que descansa la techumbre de ese misterioso camarín de los genios de las aguas... ¡ Ah, todo esto es admirable!

— En las cartas marítimas — dijo D. Félix — no se

encuentran señalados estos islotes. Hemos sido los primeros en descubrirlos, ó data su formación de poco tiempo á la fecha.

— No, mi excelente amigo; estos basaltos, tal cual los vemos, cuentan muchos siglos de existencia.

— Hay que suponerlo así; pero yo me refería á que fuese reciente su aparición sobre la superficie del mar. Me afirmo en esta creencia el hecho de que ningún navegante hace mención de estos islotes.

(Se continuará.)



JURAMENTO DE DON FERNANDO IV EN LAS CORTES DE VALLADOLID.—(CUADRO DEL SR. GIBBERT.)

EL CARNAVAL (1).

I.

Hay gentes que tienen en la uña el Almanaque y saben en qué día preciso entran y salen las estaciones, cambian las lunas y caen tales y cuales santos, estas ó las otras fiestas. Yo tengo la felicidad de olvidar fácilmente todo lo que me importa poco, y como entre otras cosas se encuentran en el número de estas los detalles del Calendario, de aquí que la mayor parte del año estoy como los niños inocentes, en el limbo, sin saber ni el día ni la hora en que me encuentro.

Para mí es primavera cuando el aire templado y suave trae á mi oído armonías extrañas envueltas en el perfume de las primeras flores, y otoño cuando al pasear por entre las largas alamedas, el ruido especial de las hojas amarillas, que crujen bajo mis piés, me llena el alma de un sentimiento melancólico é indefinible. Si el viento del Guadarrama me enrojece la punta de la nariz, exclamo, enfundándose el gabán de más abrigo: ¡Diantre! sin saber cómo ni por dónde se nos ha entrado el invierno! Y si, por el contrario, el calor me obliga á aflojarme el nudo de la corbata, ya no me cabe duda de que el estío comienza á dorar las mieses y á tostar los hombros.

Hay, sin embargo, dos solemnidades ó fiestas, ó como se quiera llamar, en el año, que nunca pasan desapercibidas para mí, porque, á semejanza de las golondrinas que anuncian la estación templada con su vuelta, las preceden ciertas señales características. Éstas son: el día de Difuntos y el Carnaval. No sé precisamente en qué estación ni en qué mes, pero ello es que hay un día en el año que al pararme distraído delante de una de esas lujosas anaqueles de la Carrera de San Jerónimo, allí donde otras veces me he detenido á contemplar uno de esos adornos de flores y de plumas destinados á ornar la espesa cabellera de una dama elegante y hermosa, y á besar con sus flotantes cabos de cintas sueltas, su redonda espalda ó su seno mal cubierto por un encaje finísimo, me encuentro con una corona de pálidas siempre vivas, en cuyo centro y entre un diluvio de lágrimas de talco dice con letras de oro y dos colosales signos de admiración: ¡A mi esposa! La fiesta de Todos los Santos se aproxima, digo entonces entre mí; los mercaderes de la muerte comienzan á sacar á luz la bisutería del dolor.

En otras ocasiones, vagando al azar por las calles, comienza á sorprenderme un espectáculo extraño.

Me parece que entre las gentes que circulan á mi alrededor y sobre las cuales arrojo á intervalos una mirada distraída, se mezclan seres sobrenaturales y deformes y de cuando en cuando veo aparecer una cara de tafetan celeste que me mira con unos ojos bucos, una nariz colosal que me sale al paso como cerrándome el camino, ó una cabeza fantástica que me hace visajes horribles desde el fondo oscuro de una tienda de títeres.

(1) El presente artículo fue escrito para el *Museo Universal* en el año 1889; lo publicamos hoy como un recuerdo á la memoria de nuestro inolvidable amigo Gustavo Adolfo Boscá.

Al apercibirme de que aquellas visiones no son otra cosa que caretas que en largos festones de matamoscas orlan la entrada de los establecimientos públicos, exclamo, cayendo al fin en la cuenta del mes en que me encuentro:

Ya tenemos el Carnaval en planta; los traficantes de la locura comienzan á vender los pasaportes de la despreocupación.

En este caso me encuentro hoy; de manera quedándome escribiendo un artículo de actualidad para el *Museo*, ninguno me ha parecido más á propósito que éste. En consecuencia, he puesto el título en la primera cartilla, y dejando correr la pluma, he llegado al fin de la primera parte.

Vamos á otra.

II.

La época del Carnaval ha pasado; el Carnaval parece que parodiaba en el mundo moderno la costumbre que en el antiguo pernoita á los esclavos en ciertos días del año jugar á los señores y tomarse con éstos todo género de libertades y licencias. En la Venecia de los tenebrosos Consejos, de *los plomos* y *del puerto de los suspiros* en la Roma de los Borgias, en cualquiera parte donde el pueblo ha vivido sujeto por una mano de hierro á un poder más ó menos tiránico, se comprendía esta periódica explosión de libertad y de locura. La política y el amor pedían prestado su traje á Arlequín, y al alegre ruido de los cascabeles del cetro del bufón, urdían la trama de su novela sangrienta ó sentimental.

La aparente rigidez de las costumbres, el aislamiento del hogar, el carácter propio de la época, hacían necesarias esas noches de luna velada por nubes, de rostros ocultos con antifaces, de algazara popular y de misterios, en el Corso y en Rialto. En este siglo de *meetings* y de comités, de teatro Real y de temporada de baños, en este siglo de periódicos y de *soirées*, de Congreso y Fuente Castellana, de paseos matinales y de conciertos nocturnos; en que durante todo el año cada cual es tan extrayagante como le parece, se viste con el mamarracho que más se le antoja y hace en todo sentido el más libre uso de su autonomía, ¿qué objeto tiene el Carnaval? ¿Qué nos dirá hoy una mujer en el baile por debajo de la flotante barba de su careta de resaca, que no nos lo haya dicho otra ayer en un palco de la Opera por entre las doradas varillas de su abanico de plumas? ¿A qué nos atreveremos en el bullicio de la orgía, con la cara tapada, que no nos hayamos atrevido en el silencio del perfumado *hoodooir* con la cara descubierta? Para desenvolverse, para conspirar ó para hacerse, ¿necesita por ventura alguna idea del discreto antifaz ó del misterioso dominó?

La política y el amor han tirado ya los andadores; la revolución y el *cancan* se pasan de la mano por la plaza y por los salones públicos; el Carnaval no tiene razón de ser. Y sin embargo, existe. Como las wallis, esas fantásticas apasionadas de la danza, se levantan al filo de la media noche para bailar en silenciosos ronda en alrededor de los sepulcros, el Carnaval sale todos los años de su tumba envuelto en su haraposudoario, hace media docena de piruetas en Capellán-

en el Prado y en el Canal, y desaparece: sus escasos prosélitos se agitan durante esos días guiados por intereses distintos; para éstos el Carnaval es una cuestión de *style*, para aquéllos una especulación, para los otros una borrachera con el derecho de pasearla al aire libre. Vamos á decir nó más que cuatro palabras sobre cada uno de estos tres grupos en que pueden subdividirse los que toman aún parte en el Carnaval de Madrid.

III.

La aristocracia, en sus bailes de buen tono, comienza por desterrar la careta ó no permitiría sino hasta cierta hora de la noche. Hasta aquí la aristocracia es lógica. En otras épocas, cuando todos se conocían perfectamente y sabían hasta el aboleo de cada persona medianamente visible, era una gracia no conocerse en esta ocasión. Hoy que todo se ha mezclado en la Babel social, el verdadero chiste consistiría en poderlos conocer unos á otros siquiera un par de días al año.

Suprimida la careta, la idea filosófica que preside á la fiesta del Carnaval cae por su base y queda reducida á un pretexto. Se trata de conceder más libertad á la modista en un momento dado, de ensanchar el círculo de los caprichos de la *toilette*, de poderse permitir combinaciones de telas, colores, joyas y adornos vedados en otra ocasión por las inflexibles leyes de la moda. Considerando la cuestión bajo este punto de vista, podría decirse que, aunque en detalles, el Carnaval llena aquí su objeto. La moda es una tiranía; prescribe el color, la forma y las dimensiones del traje de nuestras damas. Rubias y pelirrojas, morenas y blancas, altas y bajas, delgadas y gordas, tienen que doblar la cerviz á su yugo y conformarse con sus preceptos hasta que llega el Carnaval. Entonces la valla se rompe en mil pedazos. Se dispone un baile en casa de la Duquesa de U. ó de la Condesa de H.: una legión de modistas, peluqueros y doctores de labor se pone sobre las armas; las cajas de varil ó de opalo del elegante tocador dejan ver los tesos de perlas y piedras preciosas que contienen; por los muelles divanes caen descuidadamente tendidos los anchos pliegues de las más vistosas telas: el raso, el terciopelo, el brocado de metales, la leve gasa azul salpicada de puntos de oro, y semejante al estrellado cielo de una noche de estío. Hay libertad completa para elegir. La falda puede ser larga ó corta, según le permita la pierna; el descote alto ó bajo, con razón á la osteología de los hombros; el pelo empolvado ó al natural, con arreglo al color de la tez. El oro, los diamantes, el tisú, las plumas y las perlas en cuanto, que otro día pudieran parecer ridícula exhibición de riqueza, parecen entonces como artículos necesarios.

El Carnaval ha abierto las compuertas de la vanidad, y el lujo y el capricho pueden por un momento derramar oleadas de luz y de oro, de diamantes y de seda, de gasa y de flores por el aristocrático salón del baile, y á esto queda reducido el Carnaval en el dorado círculo de la sociedad elegante: á una vistosa

majadería. Á renglón seguido nos sale al paso, vestida de satenes mugrientos, de percalina roja, de cintas ajadas y de falsos cropcles, la turba de máscaras que durante el día llena las calles de discursos músicos; y á la noche, dejando desiertas las bohardillas y los sobatabancos de Madrid, corre frenética de Paul á Capellanes, de *La Esmeralda* á *La Lira de Oro*. Y hó aquí al pobre Carnaval sirviendo de pretexto y tapadera. Tal estudiante de Veterinaria, que no se creería con valor para coger una guitarra y sentarse á la puerta de una iglesia en los tiempos normales, llega el Carnaval y se abraza á un figle monstruoso y pide limosna á trompetazos; tal otra débil que ayer despegaría, por apatado, una serie de resistencias y negativas en el dúctil del ambigü de Capellanes, hoy, á falta de otra cosa, aceptará en Paul un panecillo y un chico de cartüena. Esos infelices que, mustios y fatigados, se estacionan en las esquinas vestidos de pajecillos ó de marineros y tienden la pandereta á los balcones, no buscando una sonrisa, una flor ó un furtivo y perfumado billete de una hermosa, sino una pieza de veinticinco centimos; esas pobres mujeres que han escatimado de su más que frugal almuerzo la media docena de reales del alquiler del dominó, y hallan entre una atmósfera de polvo y de miasmas mefíticos, con el estómago ayuno y el pensamiento puesto en el todavía problemático *beststeak* con patatas; toda esa turba de gentes que se mueven al rededor de Carnaval como en torno á un negocio, más que otra cosa inspira compasión. Ni su música divierte, ni su danza fascina, ni sus bromas agradan. Como la nota pedal del piano en una atromadora sinfonía, en el fondo de toda esa algazara, esa animación y ese bullicio, se oye monótona y constante una palabra que un vano trata de disfrazar: *Miseria!*

La careta en estas ocasiones es como la placa de metal y el número que autoriza á implorar la caridad pública sin temor de ser llevado á San Bernardino.

Pero dejemos los aristocráticos salones, donde el lujo moderno realiza los prodigios de las *Mil y una Noches*; dejemos las calles de la villa del Oso, por donde discurren amenazando el bolsillo las mascaradas peligrueñas, y el ambigü de Capellanes, donde las ajadas bailarinas y sus extenuadas é inverosímiles madres, en presencia de un helado ó de un pastel, suspiran y sienten que no haya en la lista un puchiro; dejemos, en fin, el Prado, teatro de las gracias de los tontos con diplomá, que se pasean vestidos de mujer con cierta coquetería, y trashadémonos á la pradera del Canal.

Una larga fila de gentes que se enroscan por entre los raquíticos árboles del paseo, baucado irónicamente sin duda de las Delicias, nos encaminará al punto á que acuden como citados por un edicto oficial los tradicionalistas acompañantes del famoso Entierro de la Sardina, ya perteneciente á la historia.

El Rastro parece que se ha salido de madre, y desbordando por las calles vecinas á los portillos de la Ronda, inunda la pradera con un océano de telas mugrientas, trajes haraposos, guñapos y objetos sin forma, color ni nombre, que aun conservan la señal

de gancho del trapero, como la etiqueta del almacén de donde proceden.

Esta es la masa inconsciente que forma bulto en todas las grandes fiestas, los comparsas obligados de las romerías y las solemnidades.

Aquí el turco indispensable, aquí la cantinera, el que llama *al hiquí* y los mamarrachos de toda espe-

cie, circulan y se agitan, van y vienen, riñen y se abrazan, corren ó se revuelcan en el más anárquico desorden. Los felpudos, las esteras viejas, el lienzo de embalar y el papel son las telas más á la última moda en esta grotesca danza, donde en vez de dijes de oro, plumas de color y picheas de brillantes, lucen cácerolas y aventadores, escobas y aceiteras, ristra-



LA MAMÁ. ¡Qué vergüenza! ¡ Un militar
Llorando á moco tendido!
LA HERMANITA. ¿ Ves? Lo mismo que yo dije:
La que se acuesta con niños....

de ajos y sartas de arenques. El ambigü se halla establecido al aire libre; el escabeche abunda, la longaniza frita no escasea, los callos son el plato de entrada de rigor, el vino se vende en los propios carros que los han traído de las llanuras manchegas, y se traslada al estómago desde el pellejo original. El Carnaval de la pradera es, si no una noche, un verdadero *dia de Walpurgis*, con sus rondas infernales, sus visiones horribles, sus carcajadas estridentes, su confuso vocear, su abigarrado conjunto y su confusión

indecible. Baco en otro tiempo no recorrería con más gusto la India en su carro de triunfador, que hoy pasea en el Carnaval su tirso de pámpanos por entre estos anudados grupos que le rinden adoración con sus frecuentes libaciones. Gileno creería encontrarse en un coro de monjas, si las antiguas bacantes resucitarán para ocupar el lugar de las vinosas deidades que allí circulan.

Tal es el Carnaval en Madrid: Así, revolcándose entre el légamo de la vanidad, las necesidades y

el vino, agoniza, en medio de la atmósfera del siglo XIX, por falta de aire que vivifique sus pulmones, el Carnaval de la tradición y de la historia. Derramemos una lágrima á la cabecera de su lecho de muerte, y preparémosnos á poner el inútil antifaz y el cetro de cascabeles sobre su tumba.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LA TOMA DE GRANADA

Y EL SUSPIRO DEL MORO.

VII.

Caía la tarde.

El Alto de Padul, último límite desde el cual por



LA MUJER. ¡Ay desgraciada de mí!
 ¡Cómo se ha puesto el indino!
 ¡Anda, que no te conozco!
 EL MANDO. Pues para eso me he vestido.

la falda de Sierra Nevada se elecaba á ver á Granada, estaba desierto y frío.

El sol se había puesto.

Pero su último rayo enrojecía aún los distantes muros de Granada y la altísima cumbre de la Sierra.

Una ligera neblina se levantaba de los valles, sumidos ya en las primeras sombras.

Dominaba un silencio profundo, únicamente turbado por los leves mugidos del viento entre las quebraduras.

De improviso se dejó oír un rumor sordo y lejano, que fué creciendo, creciendo, hasta dejar percibir claramente la carrera de muchos caballos.

Al fin, por una estrecha quebradura que corta la colina que entonces se llamaba el Alto del Padul, apareció, rompiendo la niebla, un escuadrón, en medio del cual venía una litera.

El jinete delantero venía completamente envuelto en un albornoz blanco y calado el capuz de éste hasta cubrirle la mitad del rostro.

Sólo se veía la extremidad de su barba, rubia como el oro.

El jinete salió de la quebradura, rodeó su caballo y lo lanzó á la parte más alta de la colina.

Cincuenta jinetes que le seguían subieron también, y también la litera; á un mismo tiempo el jinete del albornoz blanco saltó del caballo, y de la litera salió una dama envuelta en un háque rojo y negro á listas.

El jinete miró á Granada, donde aún brillaba el postrer rayo del sol.

En la torre más alta de la alcazaba se veía un punto negro casi imperceptible.

Era el pendon Real de los Reyes Católicos.

El jinete del albornoz blanco tembló, extendió los brazos hácia la ciudad, y cayó de rodillas contra el suelo, exclamando con la voz mojada por un torrente de lágrimas:

—¡Allah akbar! (1).

Y la dama del háque rojo y negro, desenvolviéndose violentamente de él, y mostrando al pálido y convulso semblante de la sultana Aixa la Horra, madre de Boabdil, esposa de Muley-Hacen, exclamó con la voz convulsa por la cólera y fría por el desprecio:

—¡Sí, llora como una mujer, menguado, ya que como hombre no supiste defender tu corona!

Entónces el hombre se alzó con espanto.

El viento arrolló su capuz.

Era Muley-Abu-Abd-Allah-*al-Ssagir-al-Zogobi* (2), último rey moro de Granada.

Miró á su madre con terror, arrojó una última mirada de amor, de desesperación, de agonia á Granada, lanzó un suspiro, que arrebató el viento de la noche, cabalgó de un salto en su caballo, se revolvió y se lanzó á la carrera y se perdió entre las sombras á lo léjos.

Dicen que, al partir, el corcel dejó señaladas sus herraduras en la roca, y aún se muestran por los naturales á los extraños aquellas señales.

Desde aquel día llamaron los moros á la quebradura del Alto del Paul *Fey-Allah-Quakbar* (3), y los cristianos *El Suspiro del Moro*.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

JURAMENTO DE DON FERNANDO IV

EN LAS CORTES DE VALLADOLID.

El señor Gisbert, que tan perfectamente representó en su primer cuadro la epopeya del Comunismo, en el nuevo cuya reproducción publicamos, rasguea con trazos valientes otra fase histórica no menos señalada, á saber: la turbulenta minoría de Fernando *El Emplazado* y la regencia de doña Maria de Molina.

Surgía ya entónces el elemento democrático, que, representado por una nobleza invasora, rompía las

(1) ¡Dios es grande!

(2) Rey servidor de Dios, el pequeño ó el chico ó el desventurado.

(3) Ojo de lágrimas, en sentir asegurado.

tradiciones de la antigüedad con el antagonismo liberal de las Cortes, fórmula primera de la autonomía popular, que llegando á las gradas del solio, empezaba á habérselas de potencia á potencia, como sistema de aquella aspiración que debía abrir el camino á las futuras emancipaciones y causar tantos desórdenes en los reinados sucesivos. Mediaban también á la sazón ambiciones parciales, achaques de toda minoría, llegando hasta el extremo de que, cuando la reina llegó con su hijo á Valladolid, le cerraron las puertas y tuvo lugar un largo combate ántes de concederle entrada.

Aunque pasa por asaz dudoso que el tierno don Fernando fuese jurado en las Cortes de Valladolid, es indudable que en ellas tomó parte señalada la valerosa matrona, tan prudente despues en su gobierno.

En cuanto permitía un argumento tan complejo, Gisbert ha salido de él muy airoso. Resulta á simple vista la grandiosidad de aquella reunión, tumultuosamente confundida, agitada por contrarias pasiones, compuesta de clero, nobleza y pueblo. La Reina, de pié en el trono, tendiendo los brazos, expresa noblemente la dignidad que ejerce y su tierna solicitud de madre por aquel niño revestido de los regios atributos, que se halla tranquilo, en medio de tan ruidosa ovación. Á ambos lados del trono, los dos rebeldes infantes, D. Enrique y D. Juan. Las naves de la catedral, ricas en detalles arquitectónicos, sirven de decoración á esta escena animadísima.

ANTES DEL BAILE.

(CUADRO DE GARRIDO.)

El cuadro cuya copia ofrecemos hoy á nuestros lectores en forma de suplemento, es original del distinguido artista Garrido.

El título es *Antes del baile*: en el tocador del gran teatro de la Opera, tres elegantes parejas se preparan á entrar en el salon de baile; la figura principal, hermosa dama, aparece ante el dorado espejo en actitud de *perflar* minuciosamente su tocado; el caballero que aguarda para ofrecerla su brazo, la dirige al sollojo codiciosas miradas. Una pareja, ella rubia gentil, él *pierrrot* característico, se impacienta con la tardanza de la dama; otra pareja, ella en traje de *soirée* y él de *incroyable* mantiene animado coloquio.

El citado cuadro ha figurado en la Exposición-Bosch y ha sido adquirido por D. Lorenzo García Vela.

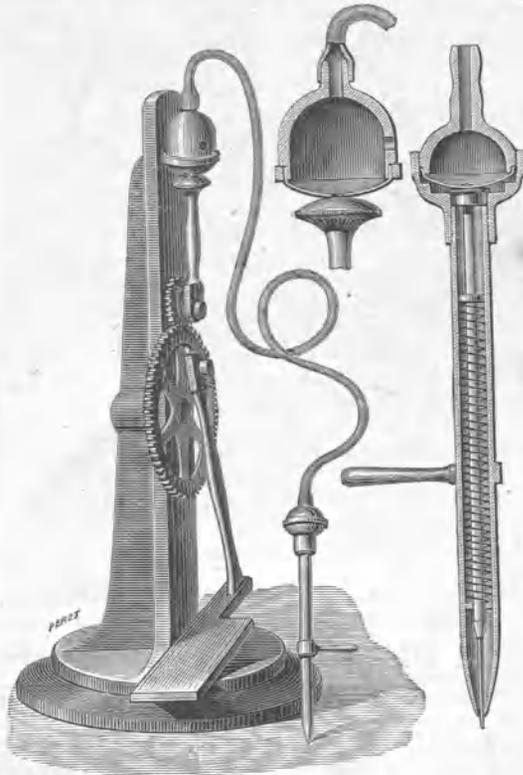
EL LAPIZ PNEUMATICO.

La invención se debe á un americano, Mr. S. W. Brickeridge. El dibujo de la izquierda muestra en proyección el conjunto del aparato. El dibujo de la derecha es un corte longitudinal del lápiz, y el de en

medio, en la parte superior, un córte vertical del aparato motor. En este instrumento el aire comprimido sirve como fuerza motriz para hacer funcionar la aguja perforadora.

Poniendo en rotacion la biela que muestra nuestro

grabado se imprime un movimiento de vaiven á un diafragma flexible, un orificio permite la entrada del aire cuando el diafragma se mueve de arriba abajo; al moverse de abajo arriba, comprime el aire en el tubo flexible, con el que imprime un movimiento á



Nuevo lápiz pneumático.

otro diafragma colocado en la parte inferior del tubo, y á cuya superficie está adaptado el lápiz perforador.

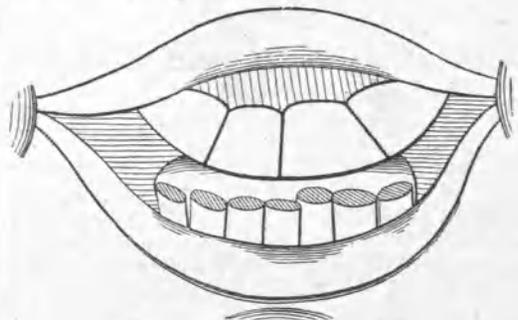
El lápiz puede pasarse por la superficie de un papel y determinar en él líneas de perforacion que pueden servir de patrones para reproducir como con el lápiz eléctrico.

DEFORMIDAD NOTABLE

DE LOS DIENTES DE LOS HABITANTES DE LAS ISLAS DEL ALMIRANTAZGO.

El viajero ruso Mr. Miklucho-Maelay, ha observado entre los naturales de los islas del Almirantazgo una particularidad notable de los dientes; los incisivos superiores se adelantan como una visera casi horizontalmente, y de tal manera que se extienden hasta por encima del labio cuando la boca está cerrada.

Ademas, la anchura de uno de estos dientes es muchas veces bastante grande para igualar su longi-



Dientes prominentes vistos de frente.

tud visible, siendo en el grabado que presentamos de 19 á 16 milímetros de largo, medidos desde el borde de la encía.

EL CAFÉ BARÓMETRO.

¿Qué hay en una taza de café?

A esta pregunta responderán muchos que hay achicoria; todos los médicos dicen que contiene un excitante espasmódico.

Sin embargo, yo recuerdo que en Alemania el café sirve ó se considera por lo ménos de barómetro.

Si al poner el azúcar en el café, se deja que se deslice sin agitar el líquido, las burbujas de aire contenidas en el espesor suben á la superficie. Si forman una masa espumosa y se conserva en el centro de la taza es indicación de buen tiempo; si, por el contrario, se apartan y forman anillo al rededor de la taza, indica lluvia.



HABITANTE DE LAS ISLAS DEL ALMIRANTAZGO.

Este experimento puede servir, además, para examinar si el café es o no puro, pues si no fuera los fenómenos que hemos indicado, claro es que no lo es.

MÁXIMAS.

El suicida arrojado en apóstrofe á la fe; á la esperanza, una flor; á la caridad, algunas brácteos. Las lágrimas del amor no riegan su tumba, porque si hubiera habido amor para él en el mundo, no se habría suicidado.

Los amantes son unos ciegos preocupados. Como ellos no ven nada de cuanto les rodea, fuera de su amor, creen que todo el mundo ha perdido igualmente la vista.

LOS CAPRICHOS DE LA SUERTE.

A una pobre mujer en Canillejas

La cortaron un día las orejas

Dos tonos insolentes;

Y al otro día de tan triste lanceo

Se le murió una tía en Burjassot

Y heredó cuatro pares de pendientes.

¡Oh suerte! ¡Cuántas veces, caprichosa,

Magras curias, duros como sielas,

Al que no tiene ya dientes ni uñas.

M. A. P.

EPIGRAMAS.

Decía cierta inscripción:

Aquí yace Don Ramon

Que nada suyo tenía.

¡Era pobre el que yacía,

Prodígo, santo ó ladrón?

Diólo á un mendigo Bartolo

Un pantalón destrozado,

Diciendo: «No lo he llevado

Sino dos veces tan solo.»

—«Dos veces—dijo el pobreto—

Y exclamó el otro: «¡Si á fe!

Pero una vez lo llevé

Seis años... y la otra siete.»

M. A. P.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Los consejos de los viejos son los atajos del camino de la vida.

CHARADA.

Leyenda tres reptada,
todo, chico, muy dos tres
estaba, cuando Jacinto,
que un prima tercera es
(como en el barrio le llaman),
la dijo: Tendré un placer
muy grande si este año dos
tomas, y quieres comer
esta dos una tan gorda
que para ti cogí ayer.»

F. P.

SUMARIO.

GARRIDOS.—Antes del baile, cuadro de Garrido.—Un baile de máscaras.—Juramento de D. Fernando el IV, cuadro de Góngora.

—Nuevo lápiz pneumático.—Dientes pneumáticos visto de frente.—Habitante de las islas del Almirantazgo.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julió Verne.—El Tigre blanco, Luis Bossenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Morcan Puentes.—El Carnaval, por Escobar.—La toma de Granada y el asedio del moro (continuación) y por Manuel Fernandez y Gonzalez.—Juramento de Don Fernando IV.—Antes del baile.—El lápiz pneumático.—Dientes notables de los dientes de los habitantes de las islas del Almirantazgo.—El café barómetro.—Máximas.—Los caprichos de la suerte.—Epigramas.—Solucion al jeroglífico.—Charada.

MADRID, 1874.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
IMPRESORES DE LA REAL CASA.